

cicatrizaria

Comprensiones pedagógicas desde la herida territorial



CICATRIZARIO:
COMPRESIONES PEDAGÓGICAS DESDE LA HERIDA TERRITORIAL

TRABAJO DE GRADO PRESENTADO POR

GABRIELA QUINTANA VALLES

DIRECTOR DE TRABAJO DE GRADO

SEBASTIAN GALINDO CALDERON

LINEA DE PROFUNDIZACIÓN

PEDAGOGÍAS DE LO ARTÍSTICO VISUAL

FACULTAD DE BELLAS ARTES

LICENCIATURA EN ARTES VISUALES

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

BOGOTA D.C

2023

Fases de cicatrización

1. Claridades políticas frente al uso del lenguaje.....	3
2.Cicatrizario	4
2.1. Se colectivizó la cicatriz	9
3. ¿Por qué cicatrizar?.....	20
4. ¿Para qué cicatrizar?.....	22
5. Procesos de cicatrización que me anteceden.....	23
5.1. Procesos de cicatrización desde lo investigativo.....	23
5.2. Procesos de cicatrización desde lo comunitario	28
5.3. Procesos de cicatrización desde lo artístico.....	31
6. Echele sábila pa' que cicatrice bien.....	35
6.1. Mi resistencia a la desterritorialización.....	35
6.2. De la memoria individual a la historia popular barrial.....	42
6.3. Reconociendome en la herida, hijxs y nietxs de la herida.....	52
6.4. Cicatriz	59
7. ¿que hice con la herida?.....	66
8. A-bordarme	67
9. Somos retazos de la misma colcha.....	77

10. Genealogía de mi cicatriz.....	81
11. Lo que cicatrizó.....	86
12. Bibliografía.....	89
13. Imágenes.....	91

E Claridades políticas frente al uso del lenguaje

Antes de continuar recorriendo la herida quisiera resaltar el carácter poético, íntimo, político y pedagógico de las amalgamas narrativas que convergen en esta investigación, he pretendido que el lenguaje implementado no reproduzca las formas simbólicas en las que se ejerce el poder epistémico y académico, quisiera que mis palabras fuesen entendibles para todxs. Narrar desde lo subjetivo y no desde lo estandarizado es mi pequeña apuesta por no seguir segmentando el acceso al conocimiento, así como el uso de los pronombres neutros y el uso de la x en ellos demandando la necesidad de que los textos del mundo dejen de ser leídos en códigos totalizantes, binarios y patriarcales.

2. CICATRIZARIO

Siempre he sido propensa a los accidentes, desde niña se me notó la torpeza y la osadía de querer hacer cosas que parecían imposibles y como en una cartografía empezaron a aparecer puntos de referencia en mi cuerpo que me iban indicando los caminos ponzoñosos, estas manchitas, relieves, amasijos, puntitos y cúmulos que quedan posterior a una herida, del crecimiento, del nacimiento y de alguna dicha o desdicha. Sin embargo, no siempre supe leer los mapas de mi cuerpo, tenía la certeza de que había muchas heridas físicas e interiores en mí, entonces un día empecé a hacer el conteo de cuantas cicatrices externas me habitaban, en ese entonces habían 34, mientras escribo mi anteproyecto van 39, habrá que ver con cuantas termino esta investigación.

ENTONCES, SURGIÓ EL
CICATRIZARIO, UN
CONCEPTO QUE USO PARA
DENOMINAR MI PROCESO
DE ESCUCHA Y COLECCIÓN
DE NARRATIVAS ACERCA
DE LAS CICATRICES
ECOS DE LAS HERIDAS,
APOLOGÍA A LA
SOBREVIVENCIA Y PUNTOS
DE REFERENCIA EN LA
CARTOGRAFÍA CORPORAL.

Así, comencé a metaforizar el concepto de las cicatrices y a problematizar que se les tomara tan a la ligera, que fuese tan diáfana la belleza poética y múltiples metáforas que estas marcas guardan, supe, que había cicatrices internas, rastros de la herida que alguna circunstancia dejó, hechos imborrables en la memoria e historias determinantes y de esta manera se me empezaron a atravesar todos los días de la existencia.

Desde entonces, cada oportunidad de crear, cada encuentro con las amistades, la familia, lxs vecinxs y conocidxs eran una encrucijada por conocer sus cicatrices, la morfología y la historia, quería conocer la vida entera y secreta de cada huella imborrable sobre las pieles y entonces, aunque me problematicé el hecho de que no quisiera hacer ninguna otra cosa, me parecía fascinante este lenguaje universal del dolor y siempre me seguía preguntando por sus tonalidades, profundidades, formas y causas. Empecé a coleccionar historias, dibujos, caligramas, poemas y todo lo que se desprendiese de ellas.

Pero aquello no quedó allí, lo que se desarrolla a lo largo de este documento son los múltiples intentos de esta educadora por comprender aquellas cicatrices que no se manifiestan en la piel, puntualmente ahondando y escarbando en una herida que no cesa y que me ha atravesado a mí, a mis abuelxs y padres, el desarraigo. Mis prácticas educativas comunitarias siembran en mi la necesidad de observar lo que pasa más allá de mi cicatriz.

IMAGEN 2. ISLAS EN LAS PIELES



El primer cicatrizario es el cuerpo mismo,

este soporte que guarda colecciones de

viejos remiendos de la piel y convocan a

contar el cuento, es la prueba legítima e

irrefutable de la hazaña.

~~21 SE COLECTIVIZÓ LA CICATRIZ~~

En 2020, el letargo de actividad y socialización que provocó el confinamiento por Covid-19 hizo que mis procesos de cicatrización se prolongaran y las llagas pareciesen imborrables, el no poder salir de la localidad con regularidad hizo que algunas mujeres de Fontibón nos juntáramos para proporcionarnos espacios de apañe y resistencia, algunas de las mujeres como Camila y Geraldine hacían parte del proceso de la escuela de fútbol popular Hyntiba en el barrio Kassandra, un día esos lazos me llevaron a dar una clase de artes a lxs niñxs de aquel lugar, fue una clase terrible, tenía una experiencia pedagógica enseñando dibujo comic y manga a niñxs y jóvenes en la casa de la cultura de Fontibón, entonces llegué con la idea de enseñar a dibujar y pintar, con el pasar de los encuentros entendí que las necesidades creativas y capital cultural de lxs niñxs de Kassandra eran diferentes, siempre me acompañaban seres diferentes, de edades diferentes, unxs con intereses de fortalecer su técnica y otrxs, como Cheila, Kevin, Selena y Victoria con insaciables deseos de arrugar, probar, chorrear, moldear y combinar. Fue hasta entonces que empecé a configurarle un sentido real y contextual a lo que en la academia se mostraba como educación popular. No mucho después me desmotivé, no contaba con alguien que me apoyara en el proceso y aún

me sentía ajena al espacio, la persona con quien hacía equipo era Daniela, ella enseñaba música, pero con regularidad llegaba tarde y postergaba los encuentros que para mí eran inaplazables. Un día Luisa, Geraldine U. y Nelson me pidieron apoyarles en una clase sobre las especies de árboles y plantas que rodean el Jarillón del río, ese día construimos un herbario e hicimos sellos con las hojas de las plantas, sentí que articulé muy bien con aquel equipo de trabajo y poco después me uní a la escuela Ambiental El Gavilán Sabanero.

IMAGEN 3. REGISTRO DE MI PRIMER ENCUENTRO CON LA ESCUELA AMBIENTAL DEL BARRIO KASSANDRA



ESTA IMAGEN FUE INTERVENIDA CON EL FIN DE PROTEGER LA IDENTIDAD DE QUIENES APARECEN EN ELLA

En la escuela Ambiental nos pensábamos generar alternativas para la apropiación y conciencia ambiental alrededor del cuidado a cuenca del Río Bogotá o como preferimos nombrarlo, Río Funza, puesto que, este divide la frontera entre Kassandra (Bogotá-Fontibón) y Porvenir (Mosquera). En donde lxs habitantes conviven con los conflictos socioambientales que se desprenden de este, además de las dinámicas de consumo de drogas que se asocian con esta zona, la biblioteca, la cancha de fútbol, la huerta y el parque en donde juegan lxs niñxs convergen en un solo espacio, la ronda del río.

Con el tiempo el tejido comunitario que existe en el barrio cerró algunas heridas que las lógicas capitalistas de producción y utilidad me habían abierto, desaprendí todo lo individualista que me había impuesto la familia, la escuela y la vida misma, me adentré en un barrio donde las utopías de dignidad, resistencia y soberanía parecían aún lejanas, pero posibles. A pesar de las dinámicas violentas, el abandono estatal y la amenaza de desaparecer, las infancias del barrio Kassandra proporcionaron en su momento un aura de transformación, en donde las cicatrices, se configuraron como una oda a la esperanza y al cambio.

En este corto camino recorrido en el que empiezo a reconocirme como una educadora popular, artista visual, gestora cultural y coleccionista de cicatrices, he distinguido a los territorios como grandes cicatrizarios que dentro de sí, contienen otros pequeños cicatrizarios en construcción, pero particularmente Kassandra fue el inicio, me hizo pensar en la manera en que las memorias colectivas son atravesadas por un sinfín de anécdotas individuales teniendo en cuenta sus particulares antecedentes de tejido comunitario, alimentado por los procesos de educación popular enfocados al deporte, el medio ambiente y la lectoescritura, los cuales han surgido como alternativa contestataria frente al contexto de violencia, abandono estatal y condición de clase que atraviesa gran parte de la comunidad del barrio.

Kassandra ahora es cicatriz, fue el inicio del camino y el despertar de un sueño propio de colectivizar la cicatrización y la vida misma. **La cicatriz territorial**, aquella que nos cobija a lxs nómadas, cuando no terminamos de enraizar, cuando por nuestras particulares condiciones económicas somos migrantes dentro de un mismo barrio o localidad, aquella que hace que un sueño común sea “trabajar duro para regalarte una casa a mi mamita” esa llaga fue la que me llevó de un lado a otro y luego me llevó a Alameda, el barrio vecino a Kassandra, el otro lado de la calle 13 en donde me encontré regularmente con lxs jóvenes y

niñxs que conocí en Kassandra por que han vivido aquí, también allá, ocasionalmente en Porvenir, también en Planadas o Chircales, todos barrios condicionados a la periferia y atravesados por el río, habitados por nosotrxs lxs desarraigadx.

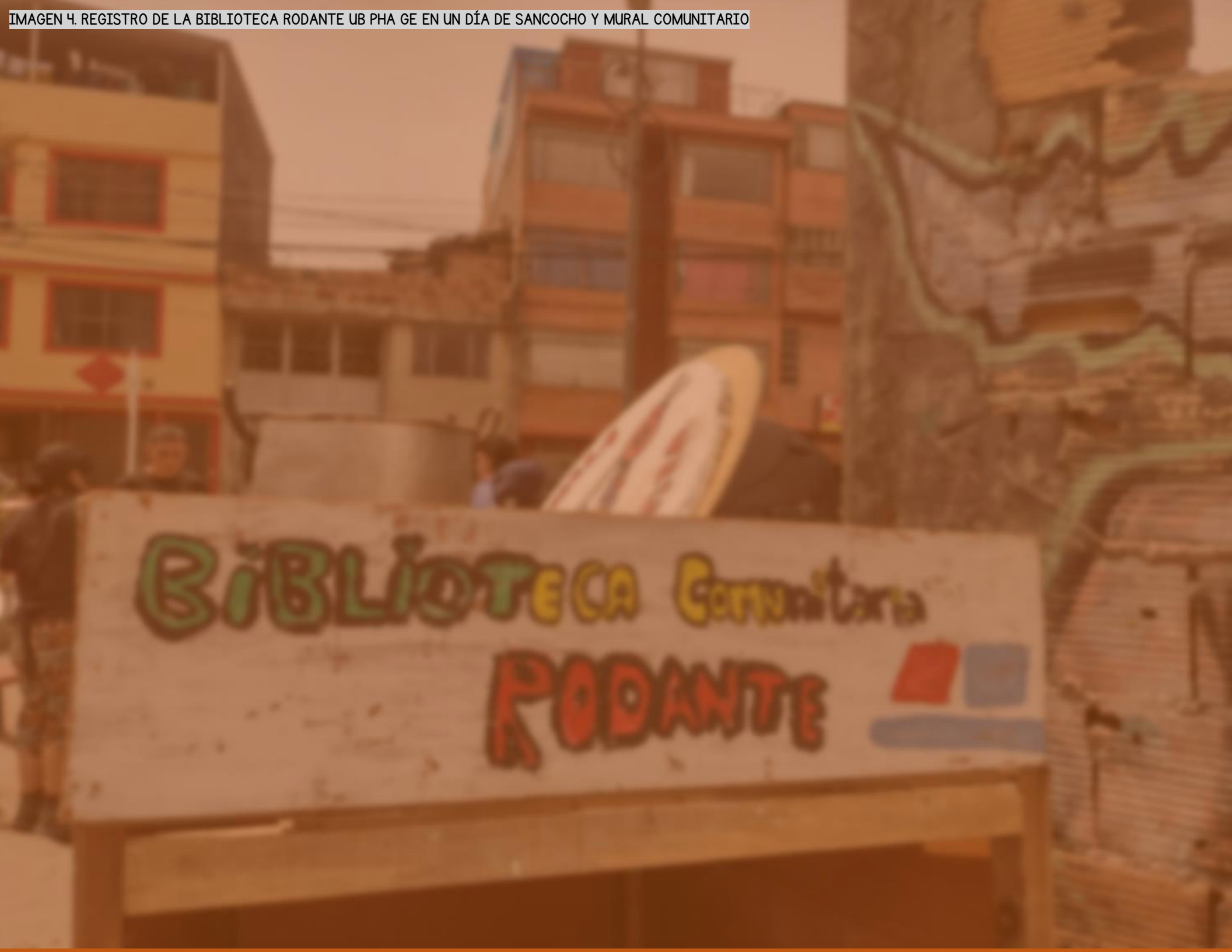
La decisión de irme de Kassandra dejó una chaguala¹ enorme, que aún se manifiesta como perecedera, pero como en todo porrazo, algo se aprende. Me fui de allí por que mis entendimientos sobre el trabajo colectivo caminaban al lado del cuidado, de la ternura y el afecto como trinchera para acurrucarse y protegerse junto a lxs otrxs², no obstante, el abandono fue inminente, hubo relaciones desiguales de trabajo, me movía la esperanza y el amor a lxs niñxs del barrio, sin embargo, este no fue suficiente para soportar las inseguridades que me generó el descuido de mis compañerxs, además de las heridas siempre abiertas que el sistema capitalista, patriarcal, colonial y heteronormativo me hace cada día. Como afirma Hooks (1994) “Permitir que el sentimiento de cuidado y el deseo de nutrir a individuos particulares en el aula se expanda y contenga a todos va contra la concepción privatizada de la pasión.” (p.11)

¹ Chaguala es un término popularmente usado por lxs abuelxs para referirse a una marca profunda o notable posterior a una herida.

Al irme de aquel lugar, entré en un estado de desasosiego, mi idea romantizada de comunidad se desmoronó frente a mis ojos y tan solo pasar junto al barrio me causaba un escozor y un desaire que relacionaba con fracaso. Al sentirme completamente desarraigado una vez más y con ansias de enraizarme nuevamente, decidí vivir un poco más cerca de donde senté mis bases comunitarias, este andar y mis escasas capacidades económicas me hicieron llegar a vivir en Alameda, allí la biblioteca comunitaria rodante Ub Pha Ge me encontró. Marisol, Eveling y Miguel me citaron en una panadería para contarme de su proyecto, el cual busca llevar el arte y la lectura a cada recoveco del barrio, además, me invitaron a hacer parte de este. Aunque desconfiada y aún con costra de la previa herida, inicié mi andar en Ub Pha Ge, esta vez más cuidadosa, menos ingenua, pero con las mismas convicciones y claridades políticas de transformar un poquitito el pedacito que me toca.

“Mi apuesta hoy en día está en y por las esperanzas pequeñas, es decir, en y por esos modos-muy-otros de pensar, saber, estar, ser, sentir, hacer y vivir que sí son posibles y, además, existen a pesar del sistema, desafiándole, transgrediéndole, haciéndole fisurar. No dejo de querer un cambio en todo el mundo, para toda la región o para todo el país” (Walsh, 2017, p.30)

IMAGEN 4. REGISTRO DE LA BIBLIOTECA RODANTE UB PHA GE EN UN DÍA DE SANCOCHO Y MURAL COMUNITARIO



Mudarse

“Dejar un apartamento. Desocupar una casa. Levantar el campo. Despejar. Ahuecar el ala.

Inventariar ordenar clasificar seleccionar.

Eliminar tirar vender

Romper

Quemar

Bajar desellar desclavar despegar desatornillar descolgar

Desconectar soltar cortar sacar desmontar doblar cortar

Enrollar

Empaquetar embalar apretar anudar apilar juntar

amontonar atar envolver proteger recobrir cerrar apretar

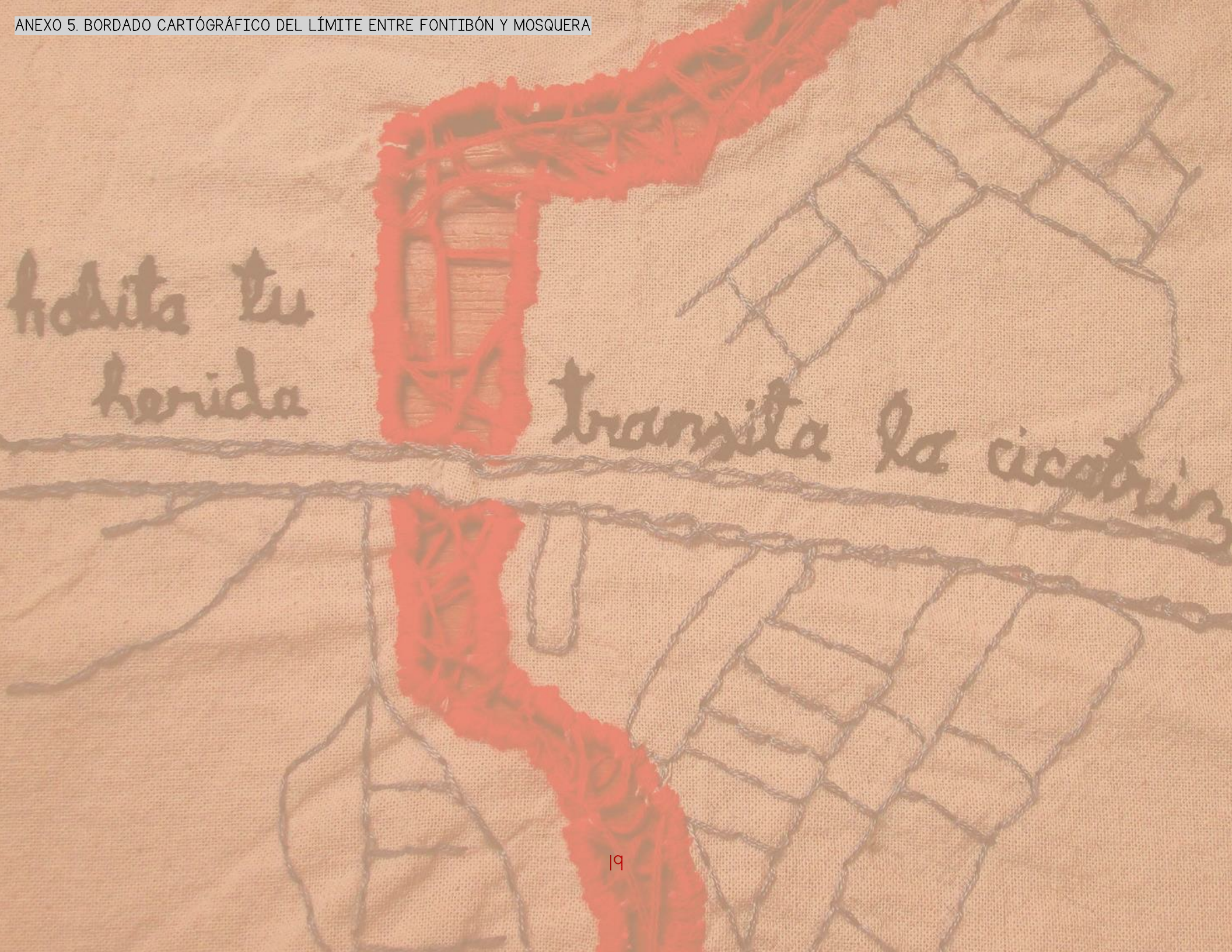
Recoger llevar levantar

Barrer

Cerrar

Marcharse” (Perec, 2003, p.62).

A pesar de que tengo la claridad de que mi labor y las reflexiones de esta aquí emplazadas no mejorará la calidad de vida en mis territorios habitados, ni solucionará de inmediato las problemáticas enunciadas anteriormente, debo manifestar que creo fielmente en la educación y el arte como herramienta transformadora, así que, motivada por mis andares en el barrio Kassandra, Alameda (politizando mi habitancia allí) y en los diferentes espacios y territorios que me han permitido generar procesos educativos, además de los otros 12 barrios en donde he vivido a lo largo de mi vida con la ilusión de contribuir a la construcción memorias barriales comunitarias, pretendo colectivizar mi proceso de cicatrización que viene tan de mis adentros a través de la reflexión y análisis de mi propia historia atravesada por las vertientes de mis mudanzas de piel/casa, mi familia y el camino de haberme encontrado y reconocido como educadora popular barrial, para entender la herida territorial, aquella que no es solo mía, porque solo observando y comprendiendo la herida se puede llegar a suturar la chaguala.



3. ¿POR QUÉ CICATRIZAR?

La historia ha sido contada desde los de arriba y los nombro como los de arriba por que en su mayoría han sido hombres, blancos, cisgénero, heterosexuales y con privilegios económicos y sociales quienes poseen la verdad sobre la historia, una historia centralizada y generalizada. En este proyecto pedagógico, artístico e investigativo me motiva la necesidad de contribuir a una historia desde abajo, desde los contextos populares, una historia con lxs niñxs del barrio, con lxs ñerxs, con lxs migrantes, lxs hijxs de trabajadorxs, lxs hijxs de madres cabeza de hogar y las diferentes realidades que convergen en los barrios periféricos al occidente de la ciudad de Bogotá y un pedacito de la sabana, contar mi historia y al contarla, relatar la historia de lxs habitantes de este pequeño cúmulo de barrios a través de un Cicatrizario es mi apuesta a una alternativa decolonial, contrahegemónica y no convencional de narrar desde la insignificancia, desde la indiferencia que el barrio, sus habitantes y las cicatrices tienen en la sociedad.

Ha sido mi historia y el haberme reconocido en los feminismos lo que me ha llevado a entender como todas las formas de opresión se encuentran entrettejidas y desde ese lugar he construido el trabajo comunitario que he llevado a cabo en Kassandra, Alameda y otros

espacios de educación no formal. Entendiendo que lo personal es político³, no solo refiriéndome a como las opresiones individuales corresponden a una gran estructura social y política, si no, como se encuentra transversalizado en todos los ámbitos, incluso en las reflexiones y experiencias personales que he desarrollado en mi encuentro creativo con las cicatrices, a fin de politizar y colectivizar la memoria barrial a través del concepto cicatriz.

³ “lo personal es político” es un lema reconocido del feminismo que se refiere a como las vivencias y opresiones ejercidas en el campo de lo privado y lo personal, no son particularidades, ni casos aislados. Por el contrario, estas violencias y opresiones corresponden a una estructura social y política, individualizarlas hace que sean normalizadas.

4. ¿PARA QUE CICATRIZAR?

Mi pretensión en este caminar, es cicatrizar través del ahondamiento en la herida colectiva referente a lo territorial, aterrizando el concepto de desterritorialización a mi historia de vida, la historia de vida de mi familia y la reflexión pedagógica de mis experiencias como educadorx popular en contextos barriales, permitiéndome investigar desde lo afectivo por medio de la exploración narrativa y la creación artístico visual. Mis muchos miedos, inseguridades y dudas frente a este andar confluyen en la pregunta del

¿Cómo mi creación artístico visual y exploración narrativa en relación con el concepto cicatriz posibilita y contribuye a la comprensión de los procesos de desterritorialización en contextos barriales?

5.PROCESOS DE CICATRIZACIÓN QUE ME ANTECEDEN

Considero necesario reconocer que este planteamiento se ha visto atravesado por recorridos, heridas y procesos de cicatrización con los que me he topado en algún momento de la vida. En parte, es gracias a esos otros andares que he reconocido la importancia de las memorias barriales y comunitarias. Por esta razón, en este apartado enunciaré otros procesos investigativos, artísticos y comunitarios en torno a la memoria colectiva, el trabajo comunitario desde los territorios urbanos y la educación artística comunitaria con el fin de conocer que ha cicatrizado hasta ahora y como se ha hecho.

~~5.1 PROCESOS DE CICATRIZACIÓN DESDE LO INVESTIGATIVO~~

En la búsqueda de investigaciones sensibles que se preocuparan por un registro de memorias colectivas me encontré con el trabajo de grado *Memorias de mi madre una práctica artística narrada entre pasos y puntadas*⁴ en el que la autora indaga en la memoria individual de su madre, quien fue víctima de desplazamiento forzado en Sumapaz, por medio de la práctica

⁴ Trabajo de grado realizado por Mafer Zulema Morales Díaz para optar el título de Licenciada en Artes Visuales en la Universidad Pedagógica Nacional en el año 2018.

artística del bordado, la cual ha sido un legado familiar que la investigadora ha heredado de su madre y su abuela. La autora planteó conversaciones con su madre en conjunto a la práctica del bordado, que le permitieran comprender como la memoria individual y una de las miradas puede contribuir a la memoria colectiva de un hecho histórico determinado. Teniendo en cuenta que mi propuesta plantea recoger y comprender la forma en que las memorias individuales se plantean desde territorios y vínculos que se comparten y pueden llegar a configurar un fragmento de las memorias colectivas, encuentro pertinente traer a colación la reflexión de Morales (2018)

“No pretendo contar e imponer una memoria sobre otra, sino más bien, narrar una de las posibles miradas de la memoria colectiva de este lugar. Lo anterior parte de la idea de que la memoria siempre se construye desde el presente, pensando el pasado y así mismo en las proyecciones del futuro que cada persona crea según el espacio y las diversas relaciones sociales con las que se involucra” (p.30)

Partiendo de esta afirmación, considero de suma importancia resaltar el carácter colectivo que poseen las historias individuales, claramente desde la subjetividad, pero compartiendo el mismo contexto, territorio y en ocasiones una misma temporalidad, por ello, en mi investigación pretendo escudriñar en la herida y observar lo político y colectivo que se desprende de ella a través de mis reflexiones pedagógicas y los encuentros y recuentos familiares.

También quisiera resaltar la expresión narrativa que adopta la autora, puesto que contrasta con la formalidad de una investigación académica convencional, en ese sentido, hago hincapié en lo importante que es comenzar a redactar y escribir monografías e investigaciones con un lenguaje asequible al contexto popular, que se preocupe por que el contenido investigativo no esté dirigido únicamente para lectorxs académicxs, si no, para la personas del barrio, de la ruralidad y demás sujetxs y contextos con códigos lingüísticos diferentes a los dominantes. De esta manera, encuentro afinidad con Memorias de mi madre una práctica artística narrada entre pasos y puntadas desde la exploración narrativa que hace Morales manejando un tono narrativo personal y sensible, en donde también hace uso de recursos visuales que contribuyen a una lectura y entendimiento mayor, de allí tomo dicha investigación como un antecedente importante y significativo que dota de sentido e inspiración mi proyecto investigativo.

De manera muy fortuita tuve un encuentro con "Tejiendo los hilos de la memoria", un trabajo elaborado por profesionales y estudiantes de la Universidad de Antioquia, en conjunto con coinvestigadorxs de las comunidades, el cual surge desde un proceso de diálogo con lxs pobladores bajo la preocupación de aportar al sentido de pertenencia por el territorio a través

de ejercicios de recreación de memoria a fin de hacer un recorrido que indague sobre la historia plural de estos barrios periféricos y su significativa trayectoria en procesos de autogestión y organización comunitaria, puesto que, han sido barrios contruidos por sus habitantes. El trabajo investigativo consta de 8 cartillas que hablan sobre el poblamiento de los barrios de la periferia de Medellín, contruidos en las décadas de los 80 y 90's.

Mi primer encuentro con este trabajo fue a través de “Rutas para la construcción de la memoria: conceptos, metodologías y reflexiones en procesos de memoria barrial.” el primer módulo de esta serie de 8 cartillas que conforman la investigación, proporciona generalidades y nociones conceptuales y metodológicas en el desarrollo de la misma, teniendo en cuenta que este proyecto se plantea desde categorías como lo comunitario, la memoria barrial y desde un trabajo contextual en los barrios periféricos contruidos por la comunidad, considero que proporciona referentes y conceptos enfocados a la reconstrucción de la memoria y articula de forma contextual con los aspectos socio- políticos mediante una revisión de las condiciones de vulnerabilidad, tales como el conflicto armado, la precariedad, condiciones de riesgo ante peligros ambientales y abandono estatal, algunos de estos aspectos coinciden con las problemáticas y tensiones que se presentan en los territorios en donde he vivido y camellado comunitariamente, por lo que considero que los aportes conceptuales del proyecto contribuyen

a las nociones metodológicas de mi investigación, además cabe resaltar la importancia de este proyecto al registrar la historia desde una mirada popular, barrial y antihegemónica que también le otorgue voz a quienes nunca hemos hecho parte de la historia.

Lxs autorxs resaltan la importancia de la reconstrucción de la memoria barrial, desde una perspectiva social y antropológica que identifica la importancia de visibilizar los procesos de configuración de los barrios con el fin de fortalecer el sentido de pertenencia y dejar un legado en los habitantes más jóvenes, además del reconocimiento a los esfuerzos de quienes a través de la autogestión, el trabajo colectivo, la construcción de los barrios y la gestión de proyectos sociales han resistido ante de las dinámicas de una ciudad y una gobernanza que no lxs incluye.

Los demás módulos se sitúan en el trabajo educativo y de memoria estructurado de acuerdo con cada uno de los contextos formativos en los barrios María Cano Carambolas, Versalles N°2, El Triunfo, Picachito y Esfuerzos de Paz I. El desarrollo del proyecto se planeó a través la realización de un video documental, una galería fotográfica, la creación de un archivo histórico digital comunitario, las cartillas anteriormente mencionadas, una caracterización socio económica, la obra de teatro “Historia del barrio: Una subida al morro” y un bricolaje de la memoria. Los anteriores productos de divulgación y recreación de la memoria barrial

proporcionan un insumo procesual de diferentes alternativas y nodos para trabajar con la comunidad en torno a la memoria, varios de estos son enfoques didácticos y artísticos contruidos desde una lectura del contexto, evitando las interacciones rígidas, que incidan en dinámicas coloniales que instrumentalicen a las comunidades, en este sentido, considero fundamental hacer hincapié en un apartado de la primera cartilla que menciona

“Creemos que el conocimiento no es exclusivo de investigadores y académicos expertos que hablan de la ciudad desde las universidades y centros de investigación., en cada barrio de la ciudad de Medellín circulan experiencias y saberes que se constituyen en baluartes de la memoria, que, si generamos, resignificamos y socializamos a otros, permitirían debatir y pluralizar la historia del barrio y la ciudad.” (Pérez, González, Tabares, Arroyave, Vargas & González, 2016, p. 7)

Una de mis preocupaciones desde que empecé a plantear mi investigación tiene relación con lo enunciado por lxs autores, ya que, las prácticas académicas de manera implícita y hegemónica tienden a ejercer dinámicas que atribuyen una jerarquía a los saberes adquiridos desde la academia, considero pertinente enfatizar mi investigación y ejercicio como educadora en la construcción de saberes en torno a los diálogos cotidianos, visibilizando y dando validez a las

realidades sociales y la memoria colectiva como apuesta decolonial que se oponga a las acciones de imponer y moldear la racionalidad conforme a construcciones occidentales.

~~5.2 PROCESOS DE CICATRIZACIÓN DESDE LO COMUNITARIO~~

Son otros procesos comunitarios, los que configuran un sentido real y ayudan a trazar el camino de la organización comunitaria, a pesar de la larga trayectoria de la biblioteca comunitaria El Gavilán Sabanero. La escuela ambiental y la escuela de fútbol popular Hyntiba no tienen una trayectoria larga, ya que, surgieron en el contexto del confinamiento por Covid- 19, unos jóvenes de diferentes áreas nos juntamos sin saber mucho sobre procesos de educación popular, aprendiendo de cada situación, de lxs niñxs y sobre todo, de otros procesos con los que articulamos y coincidimos en diferentes escenarios de resistencia.

Un día de septiembre Geraldine me invitó a un sancocho comunitario y una galería que culminaba un proceso de formación fotográfica en el barrio Potosí, en la localidad de Ciudad Bolívar, entonces conocí la casa cultural de Potosí la cual genera procesos de trabajo comunitario y popular a través del fortalecimiento pedagógico en la biblioteca popular Carlos Alberto Pedraza, el semillero de danza, fortalecimiento del trabajo juvenil, procesos de agroecología y diferentes actividades que se desarrollan a raíz de las problemáticas estructurales que afectan a la

comunidad del territorio, estos procesos surgen como alternativas para luchar contra la desigualdad y la falta de oportunidades que permitan reconocer, reflexionar y encaminar acciones para la transformación a través de tareas colectivas y la democratización de la cultura y la educación. Esta iniciativa surge en 2008 con un proceso de incidencia política que, por medio de la educación audiovisual, agencia el empoderamiento social, cultural y ambiental de los sectores periféricos, además de generar herramientas expresivas y formativas que promuevan la paz por parte de niñas, jóvenes, adultos, familias y la comunidad en general.

De allí surge Ojo al Sancocho un festival internacional de cine y video alternativo y comunitario que genera procesos de participación, gestión y formación, principalmente con niñas y jóvenes trabajando en red con agentes culturales, líderes sociales, colectivos e instituciones educativas para promover el desarrollo cultural y artístico del territorio. Este proceso evidencia la incidencia que los procesos artísticos y el trabajo en comunidad tienen en los contextos barriales periféricos, los cuales son atravesados por la violencia y la desigualdad, también con el fin de transformar y desestigmatizar las cargas e imaginarios negativos que se le atribuyen a estos barrios, en este sentido y teniendo bajo premisa que el trabajo comunitario en la ciudad y en cualquier otro territorio se hace en red, tomo como referencia la larga trayectoria de los procesos de la casa cultural de Potosí, no solo en el marco de esta investigación, si no, de la

pertinente organización y gestión que ha impulsado a que los procesos de Potosí y del festival Ojo al sancocho genere oportunidades de cambio, de esta manera desde una convicción propia como educadorx popular, quisiera contribuir y brindar herramientas de transformación y resolución de conflictos a través de la educación artística en los diferentes escenarios barriales a los que me lleve el devenir.

~~5.3. PROCESOS DE CICATRIZACIÓN DESDE LO ARTÍSTICO~~

He tenido que entrar en muchos recovecos para encontrarme con artistas u obras que les acobije la preocupación por representar la forma en la que se habita el cuerpo cicatrizado, que dialoguen con el concepto y lo problematicen más allá de una marca desfavorable. En la ardua búsqueda encontré a Sara Lucía Ardila, artista visual de la Pontificia Universidad Javeriana, quien en su obra Remiendos investigó y realizó un ejercicio reflexivo en torno a una intervención en el espacio basada en la cicatriz como concepto que posibilita la comprensión de la identidad propia, a través de la acción de remendar.

Las intervenciones son propuestas performáticas e instalaciones llevadas a cabo en diferentes encuentros en espacios públicos en donde la artista convoca a que el espectador intervenga y reflexioné sobre las cicatrices rayando, cociendo, bordando, recortando, pegando y en general

remendando a través de trajes enterizos que cubren la totalidad de su cuerpo e identidad, las intervenciones realizadas por los espectadores están mediadas por preguntas que se hace la artista constantemente, como ¿Qué es una cicatriz? ¿cómo se remiendan? ¿Cómo influyen las cicatrices en la personalidad?, estas mismas preguntas que me llevaron a observar en cada individuo un posible Cicatrizario y me condujeron a investigar sobre las marcas que dejan las dolencias, en la búsqueda de otrxs creadorxs que tuviesen esta preocupación, noté que son escasos los procesos artísticos, pedagógicos y comunitarios desde la cicatriz, por ello mi encuentro con Remiendos me ha hecho sentir acompañada en este camino tan pocas veces transitado.

Después de hurgar por meses en diferentes repositorios y lugares escondidos de la red, logré encontrarme con la investigación y creación de María Dolores Gómez, licenciada en artes visuales de la Universidad Nacional Autónoma de México, quien, como a mí y a otrxs pocxs investigadorxs le motivó la ambivalencia y las múltiples formas de habitar y entender la cicatriz. En su investigación “La cicatriz como motivo pictórico de la condición humana” la artista e investigadora aborda el dolor, la herida corporal y espiritual por medio del lenguaje pictórico partiendo de un recorrido a través diferentes referentes pictóricos que a lo largo de la historia han contribuido

desde el informalismo, técnica pictórica moderna que usa materiales no convencionales en sus composiciones no figurativas. Esta investigación me ha acercado a pintorxs que han representado la cicatriz a lo largo de la historia y la dualidad del concepto en cuanto a las marcas físicas y espirituales que considera la autora

“Los eventos que suceden en la vida y nos marcan, no sólo ocurren de manera corporal sino también de manera espiritual, y es una lesión que deja huella para siempre en la vida de cada individuo, aunque el factor sanación esté presente; la cicatriz es un recuerdo de nuestra existencia” (Gómez, 2018).

Este proyecto creativo ha aportado una nueva perspectiva poética que trasciende de las implicaciones físicas en la piel, puesto que, aborda la cicatriz como un concepto que va más allá de una marca corporal y lo relaciona con huellas imborrables en la memoria, las cuales evocan un territorio, un contexto, un objeto y una anécdota que dota de historia al individuo que la porta.

Existen varios puntos de convergencia que aborda Gómez, que con anterioridad también había concluido de mis cicatrizarios y conversaciones internas, entre ellos, lo indiferentes que somos a las cicatrices, se nos olvidan que están ahí hasta que alguien más las ve, las interroga y las hace vigentes, luego vuelven al anonimato a pesar de que son para toda la vida, que son la compañía eterna de la memoria. En base a la analogía entre piel/lienzo, la ambivalencia entre la cicatrices

físicas y emocionales la artista elabora una serie de 32 pinturas con diferentes técnicas pictóricas explorando con múltiples materiales no convencionales, partiendo de la morfología de cada cicatriz según el tipo de herida (raspadura, fisura, quemadura, etc.), dotando de experiencias táctiles y visuales al espectador, interpretando, representando y resaltando el valor de las heridas y cicatrices como un símbolo de resistencia al dolor que todas las personas hemos atravesado en algún momento.

Este proyecto de investigación creación, me da un insumo visual a cerca de las múltiples formas de representación de la cicatriz a lo largo de la historia, sin embargo, lo más importante que me ha dejado el encuentro con este proceso de creación es un sentimiento de empatía y asombro al notar que cada artista y autorx que han abordado previamente el concepto de la cicatriz se han hecho los mismos interrogantes que hoy me hago en el camino de esta investigación, que al igual que yo, hay una preocupación por abordar la memoria desde otra perspectiva, desde un elemento tan desapercibido y diáfano, pero evocador como lo son las cicatrices en la memoria.

6. ÉCHELE SÁBILA PA' QUE CICATRICE BIEN

Este capítulo es una suerte de menjurjes, uno de esos remedios caseros, viscosos, malucos y muy efectivos para ahondar en la herida y llegar a cicatrizar. Es un revoltijo entre lo teórico y lo vivido, es el antes, pero también el durante de esta investigación, puesto que mi lugar teórico surge a partir de la historia propia, de cómo mi familia, mis territorios y dinámicas hacen parte de un entramado social y político más grande, que ya ha sido mencionado desde el lugar académico. Mis historias sobre mudanzas, la escuela, las relaciones interpersonales y las luchas económicas de mi familia son la historia de muchxs que habitamos los barrios populares. No debe ser leído como un simple marco teórico, pues también es el desarrollo narrativo de esta investigación.

6.1 MI RESISTENCIA A LA DESTERRITORIZACIÓN

Desde que tengo uso de razón he vivido entre dos territorios, el municipio de Mosquera y la localidad de Fontibón, cuando nací, mis padres vivían en casa de mis abuelos paternos en Mosquera, luego de mi primer año, nos mudamos a Fontibón, en donde vivimos en 5 lugares distintos hasta mis 6 años, luego de eso retornamos a Mosquera en donde vivimos en 2 casas distintas, en una

de ellas nació mi hermana., a los 9 años, sentí la implicación de una mudanza, me atravesó por primera vez el sentimiento de desarraigo, me sentía muy molesta con mi madre y mi padre, ya que de nuevo nos mudamos a Fontibón, dejaba atrás a mis amigas del barrio La Esperanza, el colegio, al primo Andrés, la tienda de Xbox y Play Station I, los oscilantes sonidos de la cancha de tejo y la tienda de los dulces de “Doña Trozuda”. Recuerdo lúcidamente que escribía en mi diario la melancolía que me evocaba el hecho de mudarme nuevamente, paulatinamente me acostumbré, cuando cumplí 10 años nos mudamos una vez más en Fontibón al barrio Boston, a casa de mi abuela Teresa en donde vivimos 12 años. A pesar de siempre haber reprochado a cerca de lo poco cultural y unida que era la localidad, solo llegué a saber de las colectividades y juntanzas que habitaban el territorio cuando la pandemia nos confinó y me obligó a fijarme en el lugar en donde vivía, empecé a observar e involucrarme en las formas de tejido que otrxs habitantes de la localidad habían construido para apropiarse del territorio, empecé a frecuentar las diversas huertas con las que cuenta la localidad y los lugares de encuentro de mujeres y jóvenes. Un fortuito día de octubre llegué a Kassandra ese barrio que siempre veía desde el bus o la bicicleta cuando iba hacía Mosquera, justo antes del río por la calle 13, entonces todos esos artículos, libros y discursos sobre la educación popular se dotaron de sentido para mí, entendí como la biblioteca popular El Gavilán Sabanero era nuestra forma de hacer la revolución, desde aquel lugar empecé a observar

y reflexionar sobre el territorio, encontraba que la academia empezaba a ser ajena a mí y a todo lo que estábamos construyendo, sentí sin tanta teoría ni apartados decorados la importancia del territorio, me encontré en la población flotante del barrio que iba y venía, me pensé una educación para el territorio, en medio de eso nuevamente nos tuvimos que mudar a Mosquera, fue una ruptura forzada y muy dolorosa, me resigné por unos meses y dejé atrás el barrio y el trabajo comunitario, luego de unos meses inundados de desarraigo, continué trabajando por un territorio en donde no vivía. Era desgastante el trayecto en bicicleta de Fontibón a Mosquera y viceversa, no obstante, permanecí con la convicción de persistir con trabajo comunitario en territorios como Kassandra y Alameda, barrios que no les importa a las alcaldías de turno, estigmatizadxs y subestimadxs, ya sea por la violencia, por su ubicación periférica o su cercanía con el río, pero con imaginarios y dinámicas únicas que se piensan el territorio más allá de la individualidad, desde una mirada de resistencia urbana. En medio de muchos aprendizajes sobre el trabajo colectivo me mudé nuevamente a Fontibón, perdí en un desasosiego en donde creía que quedarme cerca de Kassandra para seguir contribuyendo era una convicción y necesidad para seguir contribuyendo como educadora popular.

Basada en aquellas reflexiones generadas a partir de 15 mudanzas, vivir en 13 casas en arriendo, apoyar trabajo comunitario en diferentes barrios de la ciudad y a fin de crear un diálogo

partiendo desde lo vivencial y contextual hacia lo teórico, encuentro mi primera categoría a abordar, el concepto de territorio desde una mirada urbana y decolonial, situada en nuestro contexto latinoamericano, colombiano y bogotano. Partiendo desde la generalidad el territorio es entendido como "cualquier extensión de la superficie terrestre habitada por grupos humanos"(Giménez, 2000, p. 27) en este sentido, el territorio se entiende como un espacio que solo se configura como territorio cuando un ser humano habita en él y le otorga un significado. Silva (1988) provee una visión situada en las ciudades de América Latina, concretamente de Bogotá desde un abordaje político, expone al territorio como "un espacio donde habitamos con los nuestros, donde el recuerdo del antepasado y la evocación del futuro permiten referenciarlo como un lugar que nombró con ciertos límites geográficos y simbólicos." (p. 82) esta definición me proporciona una noción que se aborda desde lo geográfico y antropológico, pero que además trasciende las representaciones de croquis y las delimitaciones visuales del mapa físico, de manera que, el territorio está construido por las subjetividades de sus habitantes con una carga narrativa donde lxs sujetxs enuncian su experiencia y afectividad desde los relatos atravesados por las dinámicas sociales propias de lo urbano y de la condición física de centro o periferia que influyen en lo cultural.

En lo que respecta a lo urbano es percibido como un territorio perteneciente a una ciudad, por lo tanto, adscrito a las políticas públicas que las ciudades generan en respuesta a un sistema globalizado de producción y una distribución impuesta por las minorías con poder que someten a las zonas periféricas a la desigualdad y vulnerabilidad, Silva (1998) menciona

“la idea de centro aludiría todavía a lo céntrico y focal, punto de mira o de uso desde el cual lo que lo rodea en mayor o menos distancia se llamará periférico. Lo periférico alude a lo que es marginal de los muchos centros de las ciudades” (p.34)

Esta primera reflexión hace referencia a la dicotomía centro/periferia en donde lo periférico corresponde a asentamientos o barrios populares urbanizados por sus propios habitantes, alejados de los privilegios que otorga la centralidad como el acceso y la facilidad de desplazamiento hacia zonas comerciales, bancos, empleos y centros educativos. Lo que corresponde con las dinámicas sociales percibidas en Kassandra y Alameda, que colindan con el municipio de Mosquera y divididos por el paso del río Bogotá. En este sentido, quisiera hacer hincapié en la carga política que implica vivir en un territorio con características de periferia, lo que menciona Eliade (1957) retomado por Silva (1998) es que

”instalarse en un territorio. edificar una morada, exige una decisión vital, tanto para la comunidad entera como para el individuo. Pues se trata de asumir la creación del ”mundo” que se ha escogido para habitar”, (p.139)

Si bien, lo postulado por el antropólogo Rumano Eliade problematiza y politiza la acción de instalarse o construir un lugar para vivir, esta mirada occidentalizada no tiene en cuenta que en Colombia la población no elige o se instala donde lo decide, sino, ligadxs a unas dinámicas clasistas las personas habitamos en donde nos es posible según nuestros recursos económicos, además cada vez se evidencia en las políticas públicas desde los subsidios y apoyos para adquirir vivienda propia, que a lxs pobres nos asientan en ciudadelas ubicadas en espacios periféricos y gentrificados en donde el acceso a las tiendas de víveres, centros de salud, instituciones educativas e incluso al transporte público es una dificultad diaria. En el caso de Kassandra y los barrios que le rodean como Alameda, Chircales, Porvenir Rio y Planadas no es la excepción, sus habitantes nos encontramos lejos de la centralidad de Fontibón y de Mosquera, por lo tanto, siempre debemos tomar transporte público, el cual ha sido motivo de constantes protestas

después de que los buses colectivos que no pertenecían al sistema integrado de transporte SITP, fueron deshabilitados, complicando aún más el acceso a la centralidad.

A pesar de las dificultades particulares que se pueden identificar en el territorio, no quisiera descartar lo postulado por el autor. Por el contrario, vale la pena abordar una mirada desde las implicaciones políticas del habitar, no como una decisión inicial, sino, como los habitantes agenciamos las problemáticas e implicaciones que se generan en el contexto, es allí, cuando surgen esas apuestas contestatarias al abandono estatal, la globalización y el capitalismo. Giménez (1999) menciona el concepto de desterritorialización, no solamente refiriéndose al abandono de un territorio, si no, de cómo este fenómeno hace que no surja un vínculo simbólico con el lugar que se habita, esto como consecuencia de la globalización del sistema capital, el crecimiento de la migración y las redes modernas de comunicación. A pesar de que el autor no las menciona, considero que desde una lectura contextual es fundamental mencionar el desplazamiento forzado y la centralización espacial de la economía como vértices de los principales aspectos anteriormente mencionados. En vista de que las lógicas del capital y las elites usan la división socioespacial para someter a quienes habitamos en estos territorios, surgen formas de organización comunitaria sujetas a estas problemáticas colectivas, con el fin de solucionar algunas de estas y dignificar la vida con iniciativas culturales, educativas, alimentarias y etc.

6.2 DE LA MEMORIA INDIVIDUAL A LA HISTORIA BARRIAL POPULAR

“La historia real de América Latina y de América toda, es una asombrosa fuente de dignidad y de belleza., pero la dignidad y la belleza, hermanas siamesas de la humillación y el horror, rara vez asoman en la historia oficial. Los vencedores, que justifican sus privilegios por el derecho de herencia, imponen su propia memoria como memoria única y obligatoria. La historia oficial, vitrina donde el sistema exhibe sus viejos disfraces, miente por lo que dice y más miente por lo que calla. Este desfile de héroes enmascarados reduce nuestra deslumbrante realidad al enano espectáculo de la victoria de los ricos, los blancos, los machos y los militares.” (Galeano, 1989) retomado por (Cendales et al., 1992)

Solo hasta que tuve que recuperar lengua castellana en grado octavo, supe que la conquista no fue un descubrimiento, si no, un genocidio. En la escuela se celebraba el día de la raza en donde niñxs blancxs se pintaban las caras de negro y se ponían costales como si la identidad indígena y afro fuese un disfraz, hacían obras de teatro en ese dispositivo educativo que insiste en diferenciar lxs estudiantxs “destacadxs” según estándares normativos llamado “Izadas de Bandera” y representaban la llegada de Cristóbal Colón como un gran acontecimiento y punto de convergencia entre diferentes culturas, omitiendo las masacres, saqueos, violaciones y diversas formas de violencia que intentaron erradicar los pueblos no europeos. Recuerdo que en las

exhaustivas guías de recuperación de final de año tuve que leer un texto del Fray Bartolomé de las Casas, quien describió sin tanto adorno y censura las atrocidades y crímenes cometidas por colonizadores a los pueblos indígenas y comunidades de origen africano. En ese entonces, tomé el tema con vaguedad, pero empecé a ver absurdas esas representaciones que hacían en la escuela. Ahora, luego de algunos años, de haber logrado acceder a educación superior pública y de haber vivido en contextos populares, logro identificar la importancia de contar la historia y no solo de contarla, de refutarla y relatar esos otros matices, otras caras, otros cuentos diferentes a la historia hegemónica hecha por hombres blancos, con privilegios de clase, heterosexuales y cisgénero. También he logrado identificar la importancia de lxs educadorxs en este proceso de reconocernos como parte de la historia, si se aborda el recuento de la historia como un aspecto inamovible, sumiso y certero del cual somos ajenxs, nos será indiferente toda la vida. Reconocer nuestras subjetividades como parte de la historia es reconocernos como sujetxs políticos, porque de nuestras vivencias, opresiones y luchas se desprende la observación de las estructuras hegemónicas que nos han excluido históricamente.

“La gran ausente de la historia oficial es la vida corriente, diaria de los sectores populares; considerada como insignificante por los historiadores profesionales, se le considera ‘ahistórica’, es decir, ajena a los cambios y transformaciones significativos para la sociedad.

Con ello se reafirma la falsa creencia de la mentalidad popular, según la cual, la historia la hacen otros, los de arriba.” (Cendales et al., pag 29, 1992)

En ese sentido, recordar no es únicamente un acto individual, el evocar la memoria es una acción emancipadora que reivindica la participación de los sectores populares en la historia, reconocer lo micro como parte fundamental para descubrir e identificar las estructuras macro dominantes.

Retomo nuevamente la necesidad y responsabilidad desde las apuestas pedagógicas emancipadoras que contribuyen desde contextos populares, la relación intrínseca con la memoria colectiva como postura política, social, cultural y decolonial, no solo de enseñar la historia, si no, de reconocer y construir junto a lxs educandxs. Parte de la lógica decolonial es cuestionar la figura de poder que representa lx educadorx que se ha establecido en el sistema educativo y en la sociedad. Aquí considero necesario hacer hincapié en las prácticas coloniales que en múltiples ocasiones incurrimos lxs educadorxs e investigadorxs al llegar a contextos populares o rurales, se tiende a exótizar e instrumentalizar las vivencias de lxs otrxs, direccionando y extrayendo información desde una mirada externa que solo ve fenómenos, carencias y juicios de valor basados en la cultura global, desconociendo las diferencias culturales y subjetividades. Incluso lo reflexiona Freire (1989) retomado por (Cendales et al.1992) al abordar un caso de educadorxs rurales de

Brasil que fueron cuestionadxs por lxs campesinxs, quienes reconocían la mirada externa de lxs intelectuales como una mirada sesgada al solo observar la marginalidad y desconocer todos los procesos de resistencia que han desarrollado de manera autónoma como respuesta a la negligencia gubernamental ante sus necesidades, su concepción de progreso es completamente distinta a la establecida por el sistema capitalista, en ese sentido, las lógicas transformadoras de la educación deben dejar de medirse por los mismos estándares occidentales que denomina a los países del sur como “tercer mundo”, por el contrario la educación popular debe apostar por una transformación que lea las necesidades de cada contexto y no intentar amoldarlas a los estándares externos.

“Señalemos por lo pronto que la apuesta decolonial nos permite reflexionar más allá del contexto moderno occidental en el cual surgió, en este caso, la recuperación colectiva de la historia, para advertir que la modernidad en América Latina haría parte de una experiencia de carácter no sólo moderna –en los términos trazados desde la interpretación eurocéntrica– sino también colonial” (Walsh, 2013, p. 70)

Además, Cendales et al. (1992) enfatiza en el replanteamiento de la perspectiva académica que no ve más allá de contextos precarios y marginales, desconociendo que:

“Los sectores populares son mucho más que sus problemas y carencias; son diversidad y potencialidad, son historia y son futuro; son debilidad y también fuerza. Han sobrevivido y resistido milenariamente a pesar de las condiciones desfavorables que les ha planteado el poder hegemónico” (p. 29)

A pesar de haber vivido en 16 barrios diferentes a lo largo de mi vida, casi todos ellos han sido barrios populares, espacios mayoritariamente urbanizados por sus propios habitantes donde converge la diversidad de la clase trabajadora.

En Fontibón, la casa de mis abuelos maternos en el barrio Boston, fue fruto del trabajo de mi abuelo Luis, un mecánico desde la niñez quien en vida siempre contaba como era la localidad en sus inicios, de cómo todo antes era puro “potrero y chamba” cómo el nombraba a los humedales que hoy han sido reducidos al humedal de capellanía y al meandro del Say. La casa aún se mantiene en pie y llena de vida, a pesar de cargar con sus deudas y hasta sus demandas por construir sin los permisos requeridos. Mi abuela Teresa, es de Manizales, se mudó a Bogotá por la misma razón que muchxs, en búsqueda de empleo, aunque no para ella, porque sus 5 hermanos hombres eran quienes trabajaban y nunca le fue permitido trabajar por ser mujer, se casó a los 19 años y a los 20 quedó embarazada de mi mamá, toda su vida la dedicó sin remuneración alguna a las labores domésticas y de cuidado. Gracias a ella la casa aún se mantiene.

En Mosquera, de la casa de mis abuelos paternos en el barrio La Esperanza, también se desborda una historia obrera y sobre todo campesina, mi abuela Ofelia nació en el municipio de Cabrera, Cundinamarca, un territorio campesino azotado por el conflicto armado, vivió la época de la violencia y presenció el surgimiento de los grupos armados, en su territorio, el Movimiento Campesino del Sumapaz. Ella y sus hermanxs salieron de allí debido a la violencia encrudecida e incesante, llegó a Bogotá y empezó a trabajar como empleada doméstica desde muy temprana edad, en su adolescencia llegó a las empresas de flores, mejor conocidas como “las floras” en diferentes municipios de la sabana como Cota, Mosquera, Chía y Madrid, allí conoció a mi abuelo. El abuelo Gavino, es del Cocuy, Boyacá. Él y su familia también fueron desplazados por la violencia que se desató en la década de los 50, tuvieron que huir en un camión que trasportaba papa, después de que quemaron su casa. Su historia tiene varios puntos de convergencia con la de mi abuela, como eran familias campesinas y en Bogotá no había como trabajar el campo, se trasladaron a los municipios aledaños para cuidar las vacas y cultivos. El punto de encuentro de mis abuelxs y el de muchxs campesinxs, fue la flora, multinacionales que exportan flores y uno de los trabajos más explotadores que existen en la Sabana de Bogotá, con horarios extensos, nulas posibilidades de ascenso y remuneración baja, pero bajos estándares a la hora de contratar, así se conocieron mis abuelxs, entre hibernaderos, rosas punzantes y el frío de la sabana.

Mi mamá, Adriana, también ha sido trabajadora una gran parte de su vida, ha trabajado por muchos años en empresas de confección de ropa interior, una industria como la mayoría explotadora y despreocupada por sus empleadxs, gana el mínimo y con ello ha logrado darnos educación a mi hermana y a mí, la historia de sus compañeras de trabajo es casi la misma, con sus variantes y subjetividades, lo sé por qué incluso allí, en la Zona Franca de Bogotá, la mini ciudad industrial más grande de Bogotá, las mujeres de aquella empresa cada tanto hacen rifas, colectas, almuerzos, desayunos y un montón de alternativas para ayudarse mutuamente, para cobijarse en sus duelos y abrazarse a través del compartir del alimento, así Alejandra, Martha, “La Mogolla”, “Chavez”, “Doricita”, Darly y muchas otras mujeres, sin saberlo, se organizan y le hacen frente a un sistema y una empresa que reduce su valor como personas a su capacidad de producción.

Mi papá se llama Luis Gavino, si bien también ha trabajado la mayor parte su vida, es un soldador que ha lidiado con la falta de garantías laborales durante toda su vida, los patrones lo contratan, explotan y despiden a su antojo según la producción les favorezca, muchas veces se ha quedado meses sin trabajar, lo que ha ocasionado conflictos familiares e incluso ansiedad y depresión ante la angustia incesante de no tener empleo y no traer ingresos para la subsistencia, además de la carga patriarcal de ser el proveedor del hogar. Como todas las familias colombianas, su más

grande anhelo es poder adquirir una vivienda propia, por lo pronto, siguen viviendo en arriendo en Mosquera, con mi hermana.

Nuestros barrios populares, aguardan en cada vivienda dos, tres, cuatro e incluso más familias con historias como las de mis abuelxs, mi madre y mi padre. Han sido zonas urbanas habitadas y autoconstruidas por campesinxs y obrerxs que llegaron a la ciudad y sus alrededores en busca de empleo y oportunidades para sus familias. Ramirez (2006) sitúa en un lugar académico y teórico lo que nuestras familias vivenciarón entre 1950 y 1970

“Las nuevas carreras universitarias humanísticas o sociales, tuvieron como un punto de referencia constante el tema de las problemáticas barriales, asociado a problemas mayores o quizás más estructurales -según la jerga académica de la época-, como eran la tenencia de la tierra, la migración del campo a la ciudad y la oferta de mano de obra barata y poco preparada para la industria.” (p. 207)

Como ya lo he anunciado anteriormente, la palabra, historia y mirada que cuenta es la de las minorías dominantes, ellxs tienen los medios y bajo su ceguera de privilegios, que no les permite ver la amplitud de diversidad y resistencia de nuestros barrios, solo ven el estigma de la delincuencia, pobreza y violencia, sin hacer una lectura contextual sobre los problemas estructurales y políticas que cada vez dificultan más la subsistencia, pero que a pesar de cada

incremento al alimento, al arriendo, a la salud y a los bienes, que es inversamente proporcional al salario mínimo, lxs habitantes del barrio resistimos y creamos estrategias para la subsistencia, así ha sido desde siempre.

“Estrategias de resistencia o adaptación de numerosas y anónimas familias que han vivido una larga historia de peripecias, que quizás se iniciaron con la evasión de controles para la invasión de terrenos o para tomar por contrabando el acceso a los servicios públicos, que también tienen que ver con el uso de las viviendas como taller o el taller como vivienda, o cuando se improvisan casas como tiendas que se dedican al expendio de alimentos y mercancías, o como talleres para la reparación de calzado, radios, sombrillas u ollas a presión, con avisos plagados de errores ortográficos, ahorrándose el pago de alquileres, que reducen el costo de la mano de obra empleando al abuelo, a la hermana, al cuñado, a los hijos y los nietos, si es necesario. Casas que han servido para la cría de marranos y gallinas, que se han vuelto inquilinatos, puertos secos en mitad de la ciudad, como diría José Luis Romero, y que dan cuenta de prácticas de resistencia y supervivencia silenciadas, en un proceso continuo de desterritorialización, tras su migración del campo a la ciudad.” (Ramírez, 2006, p.211)

Allí es cuando se evidencia que la historia personal, la historia micro y la historia de los barrios populares, hace parte de un gran entramado de vivencias que atraviesan la historia macro, la historia de quienes históricamente hemos sido excluidxs a pesar de ser mayoría, de allí se desprenden y amalgaman los cuentos campesinos, el interminable conflicto armado en Colombia,

las pilatunas de lxs abuelxs, el esfuerzo por comprar el cemento, el ladrillo y la varilla, por surtir el líchigo, comprar el colectivo o crear cualquier otra alternativa para seguir existiendo. De allí, las cicatrices, los elementos micro en lo micro, las heridas de un contexto, la analogía no solo a la cicatrización y sanación de las heridas físicas, si no, de las dificultades constantes que atravesamos y, aun así, como la mal llamada “mala hierba” resistimos a la urbe y a la crudeza del asfalto.

~~6.3 RECONOCIENDOME EN LO COLECTIVO: HIJXS Y NIETXS DE LA HERIDA~~

Lo comunitario se ha deformado un montón de veces en este transitar pedagógico aún corto, antes de apoyar proyectos comunitarios, nunca tuve la necesidad epistémica de abordar dicho tema, había escuchado que existía en la universidad una licenciatura en educación comunitaria, pero no comprendía con claridad las implicaciones de ser educadorxs para y con las comunidades, como pensamiento permeado por los medios de comunicación y desde el desconocimiento, creía que las comunidades solo eran étnicas y que en mi entorno tan privilegiado de urbanismo aquel concepto ni asomaba por estos lares. Fue hasta conocer los procesos agroecológicos, de mujeres y de educación en el barrio y la localidad que entendí que lo comunitario se hacía espacio entre

las grietas del asfalto para llegar a cada recoveco de la ciudad y que aquellos lugares más inaccesibles y adversos de lo urbano eran el habitat perfecto para que lo comunitario emergiera. Desde que se manifestó en mi vida por primera vez no he dejado de verlo en cada rinconcito donde las personas del barrio se hacen a su trinchera para protegerse de la hostilidad del desplazamiento, la precarización, el racismo, la xenofobia, la homofobia, transfobia y todos los discursos de odio que nos pone a lxs nómadas en un mismo lugar, la indignación.

Conocer el contexto y reconocernos dentro de él para generar alternativas de cambio y transformación.

Fijarnos en la herida y comprenderla para llegar a cicatrizar

Esta frase ha ido mutando y adaptándose a mis prácticas reflexivas como educadorx, al principio, era una simple consigna personal, para mí las adversidades que atravesaban lxs habitantes de mi barrio eran ajenas a mí, no me encontraba inmersa en estas y a pesar de reconocer algunos privilegios con los que cuento como el hecho de poder acceder a educación superior. Fue mi propia historia, la de mi madre, padre y abuelxs la que me hizo encontrarme en la herida y saber que mi

chaguala tenía la misma forma que la de las personas con quienes compartía el territorio, en ese momento se desdibujó de mi mente toda imposición sobre la figura de poder que muchas veces implica ser educadorx, me encontré como parte de la comunidad, me di cuenta que ese constante sentir de no pertenecer también perseguía a otrxs, que también los demás pasaban por mudanzas cada tanto y que mi/nuestra resistencia se encuentra en el tejer y contribuir a hacer comunidad a pesar de estar inmersxs en las lógicas de gentrificación que nos ahuyenta a quienes dependemos de la propiedad privada de otrxs y que favorecen a quienes ejercen el poder evitando que nos hagamos a las juntanzas, a las redes colaborativas y a las muchas resistencias a la desterritorialización y desarticulación.

Estas reflexiones llegaban a mi luego de jornadas de trabajo comunitario, de charlas con lxs compañerxs, pero sobre todo con comentarios deliberados que hacían lxs niñxs, incluso con jornadas de tinto y chisme con las mujeres que, sin saberlo, eran quienes hacían posible el barrio (refiriéndome a todos los espacios barriales a los que fortuitamente llegué). Son reflexiones que han ido transitando, que incluso en un principio no tenían términos tan rimbombantes, no sabía que se le llamaba “desterritorialización” a esa nostalgia tan visceral que sentía cada vez que marcaba cajas con mi nombre y me daba cuenta que mi vida cabía en unas cuantas cajas de “Supermercados Caviri”.

Ahora que tengo acceso al conocimiento y que al parecer puedo enmarcar todo lo que siento y vivo en teorías, fenómenos sociales e investigaciones de otrxs, me gustaría, a pesar de la crítica mencionar algunas enunciaciones que me recogen cuando se habla de comunidad. En primer lugar, situando la definición que me acoge al término comunidad, Torres (2013) afirma

“Algunos movimientos sociales acuden al referente comunitario para justificar la defensa de vínculos y modos de vida vulnerados y también como un horizonte ético y político de su proyecto alternativo al capitalismo. A menudo muchas experiencias organizativas populares y movimientos sociales se autodenominan como “comunitarios”, en oposición y resistencia a otras formas de acción, asociación e intervención subordinadas a la lógica estatal o de la economía de mercado, o elaboran ideologías y utopías comunales o comunitarias.” (p. 15)

En mi corto recorrer he encontrado que el término “Comunidad” recoge a diversas congregaciones, a pesar de que sus ideas y lógicas van en contraposición a lo que menciona Torres, incluso el también reflexiona sobre las contradicciones y paradojismos que el término conlleva. No obstante, quiero abordar el concepto desde dicha perspectiva, desde aquellas pequeñas juntanzas que conscientemente crean redes colaborativas como mensaje de subversión ante el poder. Sin embargo, también me parece importante legitimar aquellas otras formas que

sin saberlo también quebrantan un poco las brechas sociales, aquellas mujeres que desde el cuidado son las madres del barrio, aunque no se enmarquen desde discursos de oposición, aquellxs niñxs y jóvenes que no les gusta mucho la escuela, pero que no se pierden las jornadas de arte en el barrio y aquellas familias que comparten el alimento con lxs vecinos que se encuentran en una situación económica compleja bajo la premisa de “Donde come uno, comen 2” y en cada micro paisaje de los barrios populares se encuentran estos escenarios “pequeñitos” que son una forma de diferir a las hegemonías segmentarias.

“La defensa y la reivindicación de la comunidad, escasa en el discurso izquierdista convencional, hoy adquiere presencia a través de múltiples prácticas y expresiones culturales y políticas, desde las periferias, márgenes e intersticios del orden hegemónico” (Torres, 2013, p.21)

En este sentido, las comunidades surgen desde las múltiples formas de opresión ejercidas, siendo el Abya Yala un territorio de resistencia donde una y otra vez se cometen violaciones a los derechos humanos y constantemente se compara y subestima bajo estándares coloniales, deslegitimando esas otras formas de conocimiento, de dinámicas y principios e irrumpiendo en sus territorios bajo el argumento de “El desarrollo”. Por ello, me parece importante enunciar el

núcleo de la organización comunitaria de los territorios urbanos, la cual nace desde la resistencia indígena y campesina propia del contexto

“Junto a esta evidente persistencia y emergencia comunitaria en el mundo rural e indígena, también podemos constatar en algunos centros urbanos de América Latina, la presencia de dinámicas comunitarias, particularmente en los territorios populares urbanos, en la mayoría de los casos conformados a partir de la migración campesina e indígena (Matos Mar, 1888 y 2011; Golte y Adams, 1990; Torres, 1993). En estos lugares, contruidos palmo a palmo por sus propios habitantes, se recrean, generan y proyectan vínculos y valores de tipo comunitario” (Torres, 2013, p. 164)

Es aquí, cuando lo teórico cobra un sentido, cuando me hace reconocerme como hijx de la herida, es como desde el reconocimiento de mi propia historia y la de mi familia identifiqué las implicaciones políticas de que unx hijx y nietx de la herida se encuentre como educadora popular desde las artes. En la historia de mis abuelxs Ofelia y Gavino, puedo reconocer su importante papel en la construcción colectiva del Barrio la Esperanza- Mosquera, uno de los tantos lugares en los que viví, en donde cada pequeña historia, era similar a la del vecino, la Tía Flor, Doña Graciela, Don Hernando, Los Soriano, Los Mora, Los Melo y Doña María, todxs trabajadores y campesinxs con la herida abierta y la esperanza intacta, allí fue mi primer escenario popular, nací viviendo en las pocas casas que habían en aquel entonces, luego de ello, todo ha sido desarraigo,

pero cada barrio en el que vivo o trabajo me deja reflexiones similares sobre cómo se tejen hermandades, comadreos y compadreos, acciones tan simples y tan emancipadoras como un

“-Mamita vaya llévele este platico de sopa a Doña Marlen

-Doña Marlen, que aquí le manda mi abuela

- ¡Ay! Que bendición, dígame que mi dios se lo pague”

Es fascinante como nos encontramos desde la carencia, desde las situaciones adversas y la herida palpitante y del accionar conmovido y de la empatía como subversión a la indiferencia hacia lxs otrxs que son yo

“Como lo han demostrado diferentes estudios (Janssen, 1984 y Torres, 1993), en las fases fundacionales de los territorios populares, la experiencia de compartir condiciones adversas y el reconocimiento de necesidades comunes, activa valores solidarios, procesos de ayuda mutua y otras instituciones asociadas al origen campesino o indígena de sus habitantes. En ciudades como Lima y El Alto en Bolivia se reactivan formas de vida y prácticas comunitarias como la minga, cuyas raíces se remontan a los ayllus prehispánicos (Matos, 1991 y 2011; Zibechi, 2006); en Bogotá, la práctica campesina del convite se recrea en las jornadas de ayuda mutua y de obras comunales” (Torres, 2013, p. 165)

Mi más reciente andar comunitario a traído consigo mucha desazón por el hecho de no poder enraizar, las lógicas segmentarias de la propiedad privada siguen condicionando a lxs trabajadorxs a vivir en ciudadelas y edificios en las periferias, lugares grises en donde el diseño de las estructuras impide cualquier forma de organización vecinal, en lugares llenos de cámaras y vigilancia que impida cualquier intento de apropiación territorial. A pesar de vivir en uno de esos

lugares grisáceos y carentes de humanidad, siempre busco contribuir y hacerme un espacio pequeñito al calor de la colectividad y del compartir de saberes, por lo menos mientras la vida me posibilita y garantiza quedarme en algún lugar en donde pueda gestar y construir con lxs otrxs.

Como lo he mencionado a lo largo de esta investigación, mi interés es por aquello desapercibido, aquellos pequeños detalles que parecen carentes de relevancia, como las cicatrices, como aquellas memorias individuales que también hacen parte de la historia y en este caso puntual, a aquellas pequeñas formas de hacer comunidad y, por lo tanto, aquellas comunidades que crean fisuras, heridas y cicatrices pequeñas al sistema de poder capital, colonial, patriarcal, racista y heteronormativo.

En lo escarbado hasta ahora, he podido comprender una pequeña parte de la herida viva, desde la deformación de la historia globalizada y la recuperación de la memoria territorial y colectiva como menjurje para rehacer el tejido roto, también del reconocimiento de ese puñal sistemático que pretende generarnos amnesia territorial y del unguento infalible para combatirlo, lo comunitario.

64 CICATRIZ

Pensarme la cicatriz desde el lugar teórico ha sido un trabajo largo y tedioso, es un concepto desde lo personal tan sentido y tan complejo de poner en palabra y materia, que llevarlo a la academia pareciese en contra de todo lo que para mí abarca la politización de mis heridas.

“Lo que puede el sentimiento

No lo ha podido el saber

Ni el más claro proceder

Ni el más ancho pensamiento”

“volver a los 17” (Parra, 1966, Im45s)

Porque lo que en un inicio eran marquitas en la piel, trascendió a mi praxis como educadora popular y me llevó a ver que mis heridas fueron ocasionadas por las mismas lógicas cortopunzantes que ocasionaron las heridas de mi familia y de las familias de los barrios que he habitado, las lógicas patriarcales, capitalistas, heteronormativas, coloniales, civilizatorias y modernizantes, desde el observar, transitar y educar la herida propia, para llegar a convivir con la herida de lxs otrxs.

Esta categoría no se nutre del todo con lo que han dicho grandes teóricxs y académicxs, se alimenta del entendimiento sensible, creativo, pedagógico y poético que se desprende del

concepto cicatriz, inicialmente como termino intimista y desde lo personal, posteriormente como punto de convergencia en torno a las dinámicas territoriales y resistencias emergentes a la herida, las alternativas para suturar a pesar del sangrado constante que provoca el sistema y las formas subversivas desde las pedagogías críticas para fisurar al mismo.

Por el carácter tan visceral de la cicatriz en mi vida, ha sido un camino extenso el de tener que posicionar mis reflexiones pedagógicas dentro de los parámetros académicos, de categorías, de tiempos productivos, de finalidades y sobre todo, ha sido complejo e incluso me encuentro aún un poco tercx y obstinadx a enmarcar algo que viene de tan adentro en las citas y palabras de autorxs académicxs, por mucho tiempo creí que solo algunxs artistas sensibles y poetas empatizaban con lo que la cicatriz representaba, aunque no del todo, porque una parte fundamental del cicatrizar se hallaba inmerso en lo que solamente el acto de educar y compartir conocimiento me evoca.

En ese andar y por otros cuestionamientos no tan lejanos, encontré a Catherine Walsh, una mujer que se autodenomina como intelectual militante y educadora desinstitucionalizada, sus palabras me han hecho sentir acompañada en el mundo, sus metáforas sobre lo pequeño, sobre las grietas y fisuras, sobre apostarle a las pequeñas esperanzas y sobre todo su incansable radicalidad

desde las apuestas decoloniales, me han recobrado la esperanza que muchas veces se quebrantó al hablar del cicatrizario y con la inseguridad que muchas veces genera lo teórico, pensar que hablar de ello era absurdo, descabellado, insignificante e injustificable. A continuación, un breve apartado de Walsh (2017) que resume de manera concisa la apuesta de esta autora

“Mi apuesta –personal, colectiva y en este libro– es desaprender a pensar desde el universo de la totalidad y aprender a pensar y actuar en sus afueras, fisuras y grietas, donde moran, brotan y crecen los modos-otros, las esperanzas pequeñas. Las grietas se han convertido en parte de mi localización y lugar. Son parte integral de cómo y dónde me posiciono política, epistémica, ética y estratégicamente. Son parte integral también de las transgresiones, indisciplinamientos, rupturas y desplazamientos que me obligan a mirarme críticamente, a aprender a desaprender para reaprender a pensar, actuar, sentir y caminar decolonialmente, a nivel individual y en colectividad” (p.31)

Sin pretensión de enaltecer o romantizar las palabras de Walsh, me parece muy pertinente mencionar que leer como puso sus afectos, sus metáforas y sus apuestas personales en el campo de lo político, lo crítico y teórico, me estremeció en su momento de una forma inexplicable, como ya he mencionado varias veces, dentro de mi aguarda una crítica constante a lo que es validado por las academias, pero muchas veces la opinión y aprobación de esta se manifiesta necesaria e importante en algún momento, vista de ello es este trabajo de grado, que en parte no es solo por la obtención de un título, también atraviesa las fibras sensibles de mis afectos por mi madre, por que para ella y para muchas “lo único que le puedo dejar es el estudio” y si es lo que a ella

le conmueve, me cuesta mucho refutarla. Esta aclaración no es un desligamiento de lo que en mi generó encontrarme con Walsh, para mi es adecuado mencionar lo que me travesó por el pensamiento y recorrió los recovecos más íntimos de mi afectividad.

Cuando empecé a concurrir espacios de organización comunitaria, me sucedió lo que a la mayoría de profes populares les ha sucedido, mis ansias de cambiarlo todo se manifestaban inagotables, romaticé a sobremanera el dedicarme jornadas extenuantes y autoexigentes al barrio, creía que la incidencia de mi labor sería enorme y pensaba que con las artes iba a quebrantar completamente el sistema, pero con el tiempo y el agotamiento las utopías mismas se encargan de des idealizar y aterrizar, después de ese primer amor comunitario entendí y concluí lo mismo que menciona Walsh, apostarle a las esperanzas pequeñas es lo más sano, autocuidadoso y pertinente que se puede hacer para no perecer en el intento. Por ello mi apuesta por la cicatriz, por esas manchitas insignificantes que me permitieron generar reflexiones sobre las heridas conjuntas y las diversas, pequeñas y adecuadas formas pedagógicas de contribuir a que se cierren dichas heridas, para, como menciona Walsh (2017), abrirle otras heridas y agrietar de a poquitos el sistema.

“Dejé desde hace un tiempo atrás la Esperanza Grande, la ESPERANZA con mayúsculas. Me refiero a la ESPERANZA de cambiar o transformar el sistema capitalista moderno/colonial-patriarcal en su conjunto y totalidad, y de creer que otro mundo a nivel global –y de manera paralela que otro estado– realmente es posible. Mi apuesta hoy en día está en y por las esperanzas pequeñas, es decir, en y por esos modos-muy-otros de pensar, saber, estar, ser, sentir, hacer y vivir que sí son posibles y, además, existen a pesar del sistema, desafiándole, transgrediéndole, haciéndole fisurar.” (Walsh, 2017, p. 30)

Cuando recién empecé a leer a Walsh, observando como una y otra vez mencionaba el agrietar y el fisurar como un acto subversivo frente a las lógicas de opresión, no pude evitar hacer la analogía con mis benditas cicatrices, y no solo porque no paro de ver el concepto en todos lados, sino porque para mí era muy explícita la analogía que hace Walsh sobre hacerle una herida al sistema, a lo largo de mi trabajo solo menciono como el sistema nos abre llagas, laceraciones, ampollas y nos deja huellas imborrables en las pieles, en la memoria y en los territorios, pero muy poco he mencionado a la cicatriz como prueba fehaciente de supervivencia y resistencia y de la capacidad comunitaria, territorial y pedagógica de hacerle heridas, pequeñas, pero significativas cual varicela al sistema.

“Pongo mi energía, esfuerzo y atención en lo encarnado, situado y local, en las resquebraduras existentes –en proceso y por venir– que desafían, transgreden, interrumpen y desplazan el sistema dominante, en las fisuras de abajo donde se encuentran, se construyen y caminan formas de estar-hacer-ser-sentir-pensar-saber-vivir muy otras y en las posibilidades mismas de hacer agrietar. Me refiero tanto a las estrategias, prácticas y metodologías-pedagogías que se entretejen con y se construyen en las luchas de resistencia, insurgencia, cimarronaje, afirmación, re-existencia, re-humanización y liberación (Walsh, 2013), como a las acciones sociales, políticas, epistémicas, artísticas, poéticas, performáticas, espirituales –todas pedagógicas– que empleamos para resquebrar y fisurar, para in-surgir y construir, así como para ensanchar y profundizar las grietas. (Walsh, 2017, p 31)

Cuando pienso en esas otras formas de hacer pedagogía, pienso en lo complejo que ha sido poner en palabra el concepto del cicatrizario, en el enredijo de verbos que tuve que decir para llegar a las claridades que tengo hoy y hacerlo entendible para lxs demás, no solo para lxs lectores,

también para las personas que curiosamente me hacen preguntas sobre mi investigación, quienes en su mayoría no se enuncian desde los libros y la academia. Pero aun así empatizan y entienden cuando les hablo del desarraigo, de lo “maluco, cansón, incómodo e incluso melancólico” que es estar buscando casa cada tanto y de lo desesperanzador que es no poder hacerse a una comunidad en donde se habita por que el tiempo de estadía es impredecible. Allí pienso en la pedagogía y la palabra como herramienta para hacerle heridas y cicatrices a la privatización del lenguaje y el conocimiento, para mí ha sido importante como mis reflexiones han hecho sentir incluidxs a muchas personas que no se consideran sabedorxs por lo que el mismo sistema ha establecido como saber y me gusta pensar en mi cicatrizario como una herida y de lo que puedo crear y proponer a través de dicha herida.

¿QUÉ HICE CON LA HERIDA?

Hasta ahora, lo recorrido corresponde a una exploración de la palabra y la narración que no ha sido ajena a las diferentes formas investigativas que aquí convergen, lo escrito en esta investigación da cuenta de unas reflexiones que solo el acto pedagógico me ha permitido explorar, de la enseñanza y los espacios de educación popular como herramienta que posibilita reconocer la cicatriz colectiva y la propia, el acto educativo me posibilitó ver más allá de mí y más allá de fenómenos sociales, me permitió encontrarme como parte de un lugar a pesar del desarraigo y a pesar de las mudanzas, me encontré en un territorio compartido por muchxs, la cicatriz.

La exploración narrativa y sus encuentros y desencuentros con autores fueron recorridos con la pretensión de caminar la herida, conocerla, entenderla y ver el contexto en el que nació, a continuación, desde una apuesta emergente por reflexionar frente a las prácticas educativas pretendo compartir desde el amor y la esperanza esas otras formas de suturar, desde una postura de aportar al ejercicio de las prácticas pedagógicas sin acudir a las estructuras habituales y establecidas de recuperar, registrar y reflexionar sobre las experiencias realizadas en mi corto caminar como educadora.

Mis prácticas artísticas, encuentros intergeneracionales y propuestas reflexivas aterrizan en 3 etapas de creación que serán caminadas a continuación.



Abdomen

A -bordarme corresponde a mi primera etapa de creación, la cual concierne a la práctica del bordado como diálogo y compartir de saberes con Teresa, mi abuela materna. Esta etapa primaria hace referencia a las reflexiones iniciales y diálogos entorno a la cicatriz, también es parte de un reencuentro y mis primeras disposiciones a sanar y transitar por el desarraigo.

Como ya he narrado, la casa de mi abuela Teresa tiene una carga simbólica y emocional relevante para mi trayectoria, viviendo allí tuve mis primeros encuentros con la educación popular, pero también el proceso de desarraigo más visceral y doloroso en mi vida. Viví allí con mi familia durante 10 años, la casa fue el punto de encuentro de mis amistades del colegio, también vivencie mis primeros duelos, la muerte de mi abuelo, mis primeros días de universidad, los entorpecidos encuentros iniciales como educadorx e incluso allí se gestaron las primeras propuestas de cicatrizarios, por allá en 2018, cuando me vi extrañamente seducidx por las muchas manchas de la piel que adornaba a sus portadorxs, pero en aquel entonces la pretención pedagógica y política aún se encontraba somnolienta.

La confrontación y el conflicto, tan inherente a lxs seres humanxs, hizo que mi familia se hartara de las incontables imposiciones, demandas y exigencias económicas de la propietaria de la casa, mi abuela y de la hermana de mi madre, esto desencadenó una discusión acalorada que culminó en la expulsión de mi madre, mi padre, mi hermana y yo. Un evento inesperado para nosotrxs, pues asumimos erróneamente que el haber contribuido e invertido en la construcción del piso donde habitábamos nos eximía de irnos algún día. Recuerdo vívidamente el sentimiento agobiante de indignación y rabia, lagrimeaba mientras apretaba las muelas y fruncía el ceño, los alegatos

de fondo se difuminaban, por mi mente pasaban los años de trabajo de mi mamita invertidos en construir en un lugar que, desde su ilusión, era de todos y la tensión de mi mandíbula solo se disipó unos segundos para dejar escapar un aire que susurró “No es justo”. La cólera se dio paso a las acciones impulsivas, inmediatamente empezamos ese ritual del desbaratar, descolgar, doblar, desinstalar... etc. empacamos 10 años de vivencias en cajas que conseguí en la plaza de Fontibón y al cabo de 3 días partimos.

Mi relación con mi abuela Teresa siempre fue agradable, desde muy pequeña me consideré su comadre y su confidente creativa, yo me sentaba a gurlar horas y horas mientras ella cosía, tejía, pintaba, bordaba o hacía cualquier cosa, también era su acompañante habitual de ir a la plaza, incluso cuando cabía en el carro del mercado y me llevaba allí adentro, tuvimos nuestras rutinas por mucho tiempo, en las mañanas hacíamos los mandados y yo jugaba mientras ella hacía el almuerzo y escuchábamos Melodía Estéreo. Al crecer la relación tuvo sus cambios y distanciamientos, pero mantuvimos nuestra complicidad, juegos y encuentros artísticos hasta el día en que nos fuimos de su casa, cuando el desgarramiento de mi corazón fue tan sentido que decidí enojarme profundamente con ella y no hablarle más.

Durante varios meses decidí no abordarme, me entregué al trabajo, omitía incluso el lugar en donde vivía, me cerré completamente a conocerlo, a crear nuevos vínculos y dejé de ir a Kassandra. Al cabo de un tiempo logré volver a hacer trabajo comunitario, recurrentemente viajaba a Fontibón por mis responsabilidades en el barrio Kassandra y también por el compromiso que adquirí con el estallido social en el marco del paro nacional de 2021, el desgaste físico de viajar todos los días de Mosquera a Fontibón en mi bicicleta, empezó a tramitarse como rencor,

estaba enormemente enojada por no poder hacer raíces en Mosquera y cada vez veía más lejana una posible conciliación con mi abuela y su casa.

Luego de un año viajando recurrentemente a Fontibón y de ver la casa con melancolía desde afuera, mi abuela me invitó a pasar, nunca hubo una charla al respecto, tampoco se disculpó, porque la comunicación nunca ha sido su forma de agenciar sus emociones y yo tampoco quería irrumpir en su manera de restablecer nuestro vínculo, el alimento. Al despedirnos me abrazó y dijo: “gracias por volver”, entonces, agotada de los trayectos largos, decidí que debía retornar al territorio donde eché raíces y no quería desaprovechar que mi abuela y yo retornamos a los afectos que nos cobijaban, viví en una habitación cerca a su casa y nos encontrábamos recurrentemente para tomar tinto y conversar, entre preguntas curiosas sobre su infancia, su familia y sobre lo recorrido, también entre regaños, burlas y puntadas chuecas, mi abuela me enseñó a bordar, nunca logré la pulcritud con la que ella lo hacía, pero puntada a puntada remendábamos, perdonábamos y nos a-bordamos.

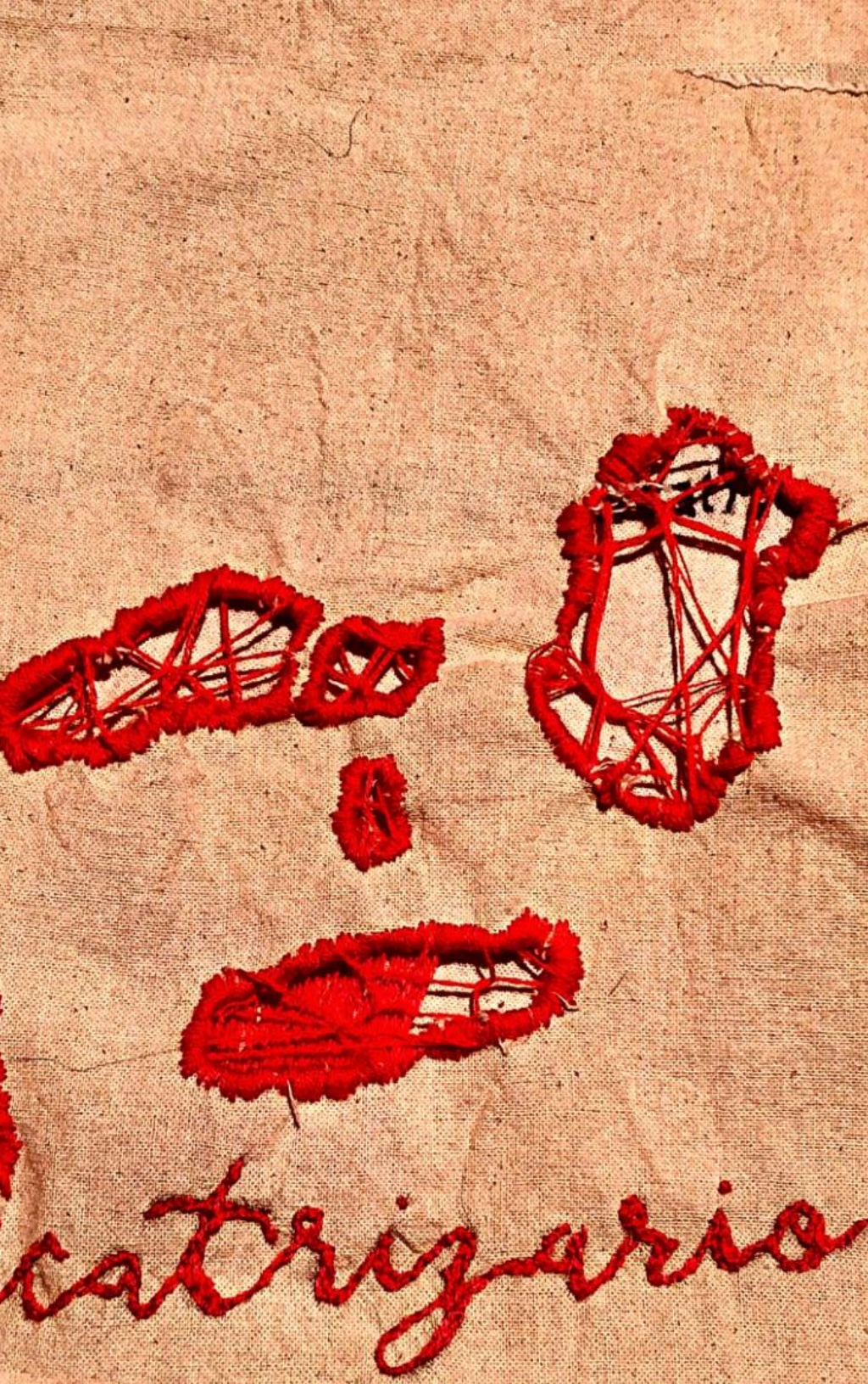
A-bordarme está compuesta por 5 bordados guiados y acompañados por mi abuela Teresa, su contenido posee mis primeras reflexiones afectivas respecto a la cicatriz y también las primeras convergencias de estas con la sensación de desarraigo, a lo largo de esta investigación dichos bordados han hecho su aparición en algunas páginas, ya que aterrizan algunas enunciaciones relevantes de esta investigación.

Como lo he mencionado anteriormente, el cicatrizario surgió hace unos años. Haciendo referencia a un proceso de recolección de los sucesos que preceden a la cicatriz de varias personas cercanas, de allí logré hacer las primeras analogías y reflexiones personales y poéticas sobre el concepto. Este bordado fue mi primer intento por remendar y bordar las palabras, de pensar cada letra, cada significancia que en aquel entonces le otorgué a las cicatrices. Cabe destacar que este bordado fue previo a mis preocupaciones por las implicaciones pedagógicas de la herida y los duelos por desterritorialización.

“...Entonces, surgió el cicatrizario, un concepto que uso para denominar mi proceso de escucha y colección de

IMAGEN 6. REGISTRO OBRA A-BORDARME

... ENTONCES, SURGIÓ
CICATRIZARIO, UN
CONCEPTO QUE USO
DENOMINAR MI PROCESO
DE ESCUCHA Y COLECCIÓN
DE NARRATIVAS A CERCA
DE LAS CICATRICES
ECOS DE LAS HERIDAS
APOLOGÍA A LA
SOBREVIVENCIA Y
DE REFERENCIA E
CARTOGRAFÍA COR



narrativas acerca de las cicatrices. Ecos de las heridas, apología a la sobrevivencia y puntos de referencia en la cartografía corporal”

Desde un principio me pareció muy clara la relación entre las pieles y las telas, también pensaba en que algunas veces las cicatrices pasan por un proceso de sutura por puntos, que no es más que cerrar la herida a punta de aguja e hilo. Yo tenía una herida por cerrar, una herida que mi abuela y yo abrimos, que estaba relacionada con la vivienda y el poder, que solo ella me podía enseñar a cerrar y solo yo podía contribuir a que ella cerrara la suya, así, puntada tras puntada bordé la palabra cicatrizario con la guía de mi abuela, posteriormente agregué rotos a la tela, rebordeé dichos rotos uno a uno y atravesé los tejidos a través de esas fisuras que le cree a la tela, intencionando el bordado a la representación de los tejidos y el proceso biológico de la dermis al recibir una raspadura, laceración, quemadura y etc.

Omití por tanto tiempo la herida, que su costra solo se llegó a manifestar cuando decidí a-bordarla, en todo ese tiempo que habité el no lugar no reconocía que me dolía el desarraigo, que dentro de mí se coagulaba la tristeza profunda por la casa y el vínculo que había perdido. No me permití sangrar/llorar por desconocimiento de mi lesión.

Este a-bordaje es un homenaje a esos procesos tardíos de desangramiento y una invitación a no temerle al escandaloso diluvio que viene de adentro.

Cómo esperas que cicatrice

si no sangras





La analogía entre los mapas y las cicatrices llegó gracias a una cruel historia que me contó mi padre, en su historia, su profesora de primaria de geografía tenía marcas de quemaduras en su rostro, entre murmullos en el recreo y carcajadas de sus compañerxs de escuela, se popularizó un apodo burlón a la maestra, le decían “La care mapa”.

Al principio me aterrizó la creatividad de lxs niñxs de aquel entonces (y de ahora) para algo tan perverso pero luego de recordar la historia una y otra vez, reflexioné en lo literales que son lxs niñxs y también pensé en las muchas islas que guardan nuestras corporalidades, además se me vino a la cabeza que hasta podían ser rutas y aprendizajes para no repetir ciertas acciones que podrían perjudicarnos y por último, recordé que había recorrido tantos lugares que tenía mis mapas heridos y que añoraba enraizarme en una de esas tantas islitas

habita tu
herida

transita la cicatriz

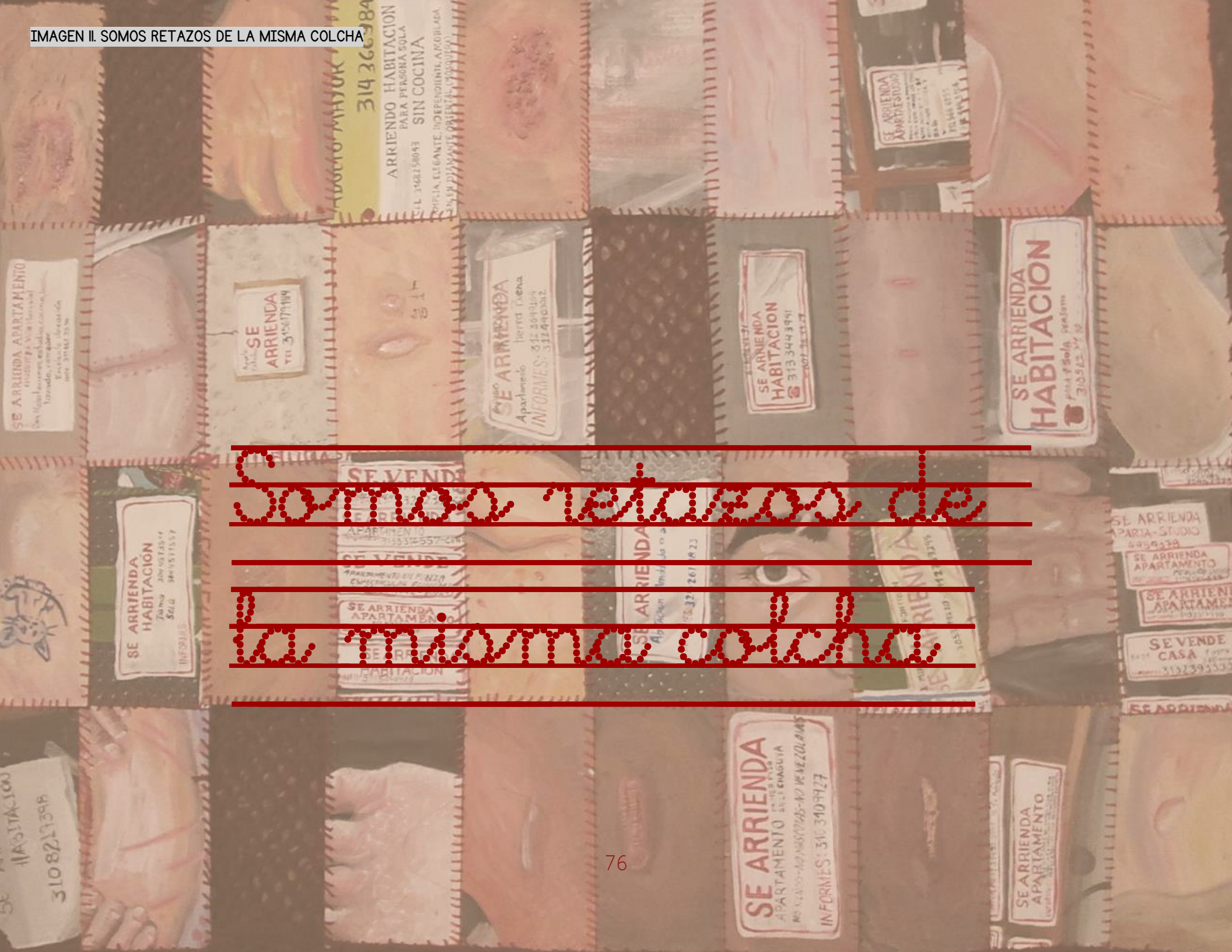


Mi herida la conocí a través de lxs otrxs, empatizando con mis educandxs sobre las muchas ocasiones en las que me contaban que de nuevo se mudaron, al otro lado de la trece, al otro lado del río, al otro lado de la calle o al otro lado del barrio. Hasta me hablaban acerca de sus razones, “que porque allá hay más trabajo, porque allá es más barato, porque acá quedamos debiendo” y un montón de motivos más que incluso también eran mis motivos y las de mi familia. Entonces, solo al escuchar a lxs otrxs logré reconocer que no eran solo ellxs y no era solo yo.

En esta representación, he abordado ese momento de reconocermé en mis múltiples mudanzas de piel y de residencia, las puntadas hacen referencia al mapa de mis dos territorios concurridos Mosquera y Fontibón, más exactamente al límite entre dichos territorios, el imponente Río Bogotá atravesado por la calle 13 y rodeado por las calles de Kassandra, Alameda, Chircales y Porvenir Río.

La frase “Habita tu herida, transita a la cicatriz” da cuenta de ese proceso de reconocer que lxs otrxs también son yo y que debía aceptarlo para escarbar en mi herida, rascarme la costra, echarle sábila y caléndula, pero, además, de recibir con amor el resultado, el mapa.

IMAGEN II. SOMOS RETAZOS DE LA MISMA COLCHA



Somos retazos de
la misma colcha



Entre tantas prácticas textiles que mi abuela Teresa aprendió y heredó, la colcha de retazos ha sido de las más admiradas por mí, siempre me maravilló su habilidad para coser y crear, cuando era niña ella me tejía sacos y también me hacía ropa, los retazos sobrantes los usaba para crear edredones enormes. Con el pasar de los años las prácticas textiles de mi abuela se han venido transformando, ya no hace ropa, ni bordados y tampoco teje, pero ahora le fascina la muñequería, también pinta cuadros con relieves y técnicas asombrosas que algún día me gustaría aprender, en algún momento del año pasado se le ocurrió botar la última colcha de retazos que quedaba por ahí y de inmediato le solicité que me la regalara, la llevé a la habitación donde vivía y al extenderla pude reconocer retazos de nuestras vidas, pedazos de tela que correspondían a la ropa de mi infancia, a blusas de mi abuela, también de mi madre a cortinas, manteles, fundas y un montón de estampados, colores y texturas que me evocaban a tiempos pasados.

IMAGEN 13. REGISTRO OBRA "SOMOS RETAZOS DE LA MISMA COLCHA"

Somos retazos de la misma colcha es mi segunda etapa de creación de este proceso, el cual recoge 41 pinturas, 21 son de cicatrices correspondientes a algunas personas cercanas que me han compartido sus historias y sus cicatrices y 20 pinturas de avisos de arriendo, las cuales se basan en las numerosas fotografías que poseo en mis dispositivos las cuales quedan de esas arduas búsquedas de vivienda. Son 41 porque ese es el número de cicatrices físicas que habitan a mi cuerpo, decidí no incluir únicamente las mías porque las heridas de los otros también me componen y muchas de las cicatrices representadas pertenecen a mis abuelos y madre y padre, reconociendo y haciendo analogía a como sus dinámicas y trayectorias de mudanzas de pieles y hogares han sido al igual que los míos, múltiples, pero propios de su contexto histórico y social.

Decidí crear una colcha de retazos, juntar todos esos pedazos desiguales y de distintas procedencias que me componen a través de las



IMAGEN 14. REGISTRO OBRA "SOMOS RETAZOS DE LA MISMA COLCHA"

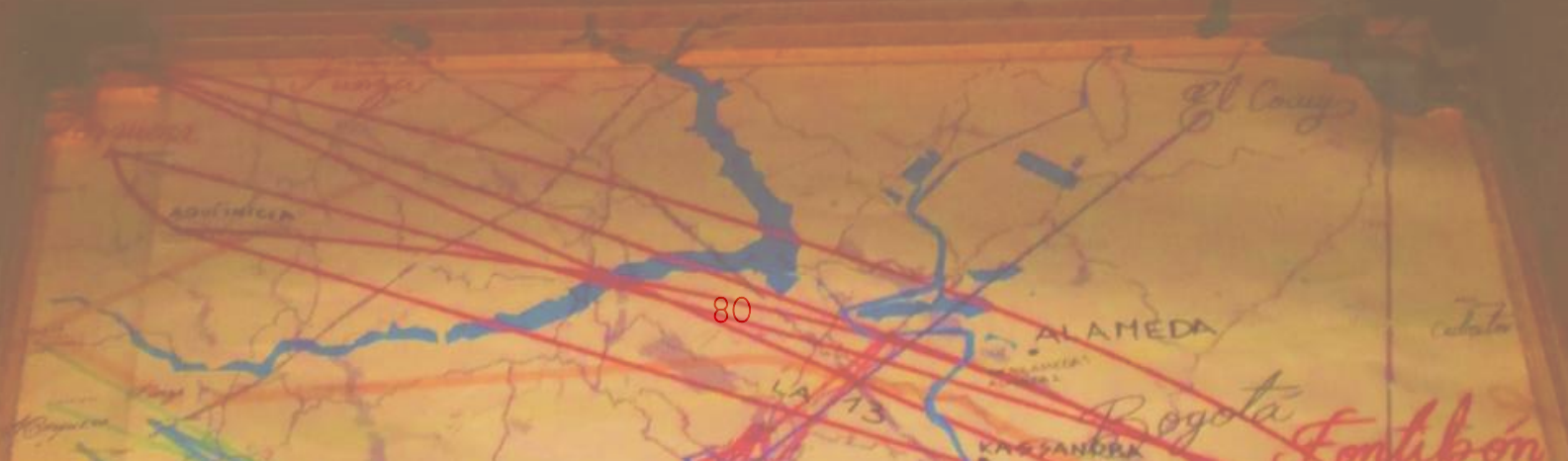


IMAGEN 15. REGISTRO OBRA "GENEALOGÍA DE MI CICATRIZ"

prácticas heredadas de mis abuelas, tejer, bordar y coser. Juntar todos mis trozos, los trozos de quienes son mis afectos y de mis ancestros para representar la acción de cobijar y otorgar calor es mi apuesta por simbolizar todo lo reflexionado, mencionado y amado en este proyecto. De pensar en las muchas veces que mis abuelas también buscaban donde residir, de las historias que se desprenden de sus marcas en la piel, resaltando que no son únicamente historias de accidentes, si no, de una época, contexto y vivencia que llevó a ese accidente y a esa chaguala que es la misma que nos atraviesa a quienes habitamos el no lugar y así, nos cobija el mismo anhelo de tener una casita para quedarse.

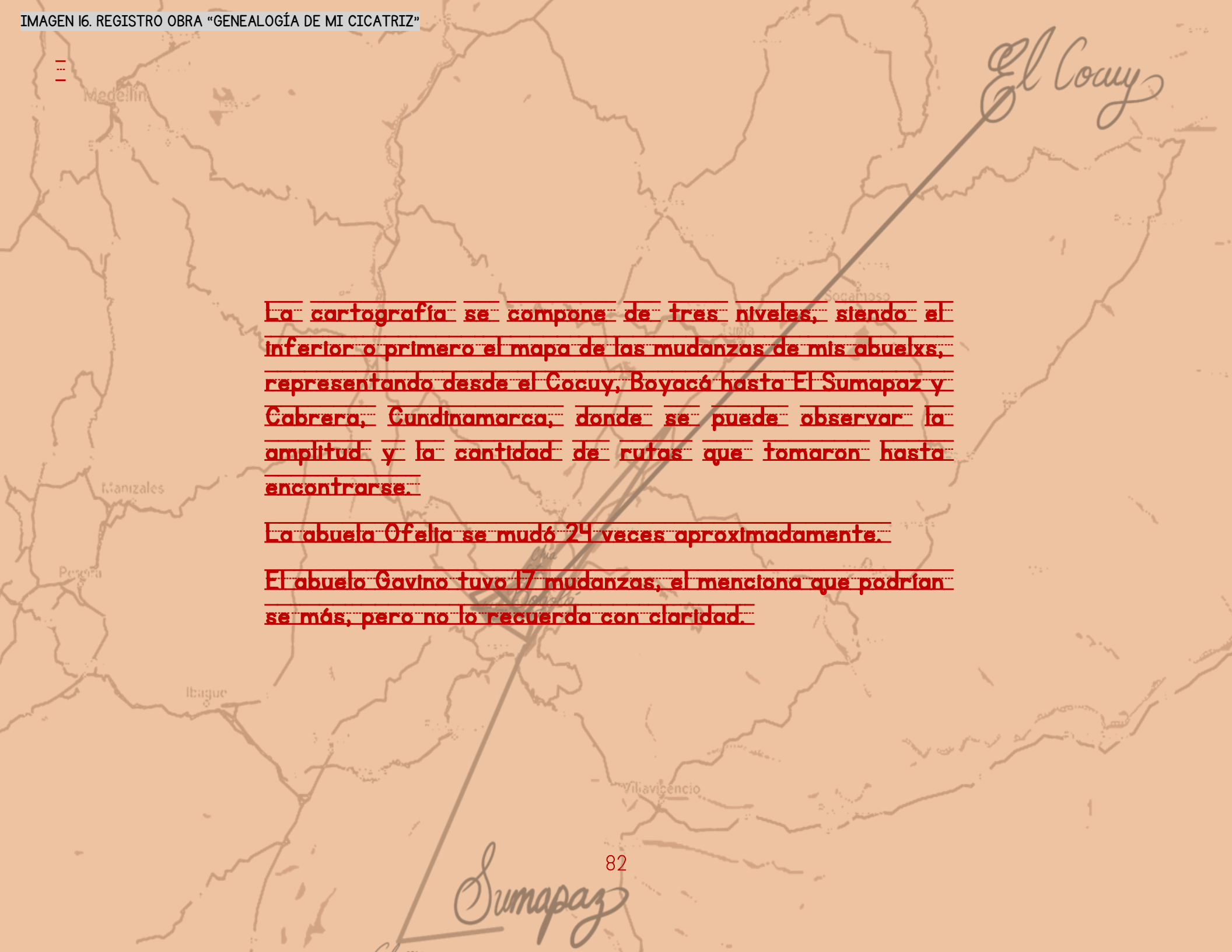
IMAGEN 15. REGISTRO OBRA "GENEALOGÍA DE MI CICATRIZ"

La genealogía de
mi cicatriz



Mi última etapa de creación hace parte de largas tardes de tinto con mis abuelxs Ofelia y Gavino, quienes, como ya he mencionado, fueron víctimas de desplazamiento forzado en la década de los 50's y por su condición de víctimas y campesinos, llegaron a Bogotá en busca de refugio y trabajo. Anduvieron por toda la ciudad y sus alrededores laburando en cultivos de papa, cuidando ganado, en servicios generales y en empresas de flores, hasta que ese largo andar obrero y campesino les juntó. En esta composición busco representar las luchas intergeneracionales que se han dado en mi madre, padre y abuelxs por la vivienda, de tal manera que hago una recopilación del número de veces que se han mudado a través de una cartografía de las rutas de cada unx, las rutas que me atraviesan para que yo haya llegado a mudarme 16 veces, un número que de por sí parece grande, pero al compararlo con el número de lugares en los que vivieron mis abuelxs y sus respectivas distancias, es una cifra mucho menor.

Dicha cartografía está contenida por un baúl, el cual fue el contenedor de los juguetes de mi padre y posteriormente míos, este elemento guarda una carga simbólica importante ya que en el aún se encuentran huellas de su primer usuario, además del evidente desgaste en la madera, también posee en su tapa interior calcomanías que mi padre pegó en su juventud y que dan alusión a la cultura visual de su época.



La cartografía se compone de tres niveles, siendo el inferior o primero el mapa de las mudanzas de mis abuelxs, representando desde el Cocuy, Boyacá hasta El Sumapaz y Cabrera, Cundinamarca, donde se puede observar la amplitud y la cantidad de rutas que tomaron hasta encontrarse.

La abuela Ofelia se mudó 24 veces aproximadamente.

El abuelo Gavino tuvo 17 mudanzas, el menciona que podrían ser más, pero no lo recuerda con claridad.

El segundo nivel de la composición, corresponde a las rutas de mi madre y mi padre, en donde se puede evidenciar que los trayectos y el campo es más corto, los movimientos ocurren mayormente en Fontibón y Mosquera.

Mi madre, Adriana, se ha mudado 20 veces.

Mi padre, Luis, lo ha hecho en 19 ocasiones.

Cada cartografía está soportada por un cristal que permite observar los niveles inferiores.

≡

El nivel superior corresponde a mis mudanzas, en donde el campo es mucho más angosto que el de mi madre, padre y abuelxs, mis 16 rutas están atravesadas por las de los dos niveles inferiores, representando el reconocimiento de las luchas por la vivienda de mis abuelxs, por lo caminado, lo trabajado y lo construido, también de la inagotable esperanza de mi madre y mi padre, quienes a pesar de haberse rendido ante las geopolíticas que usan la desterritorialización como método amnésico, no se rindieron ante la brecha del acceso a la educación y trabajaron incansablemente para que una familia sin vivienda propia lograra acceder a la educación superior.

II. LO QUE CICATRIZÓ

Caminar la herida, ha sido un proceso de pensarse cada pasito andado, incluso de pisar objetos cortopunzantes y abrirse a nuevas heridas, también de descubrir heridas que ya estaban, pero aún se mantenían invisibles. Fue irónico encontrar nuevas lesiones, cuando la pretensión inicial era darle paso a la cicatriz, pero entender las fases de cicatrización que me atravesaron territorialmente solo fue posible gracias al ejercicio pedagógico que entorpecida mente inicié hace unos pocos años. No puedo omitir que esto de lo obtenido o lo que se produjo gracias a este proyecto es un poco darle cuentas a la academia y al sistema de lo que logré producir o contribuir y de medir mi capacidad de ofrecerle algo al campo del conocimiento y sinceramente no creo que haya dicho algo nuevo sobre los fenómenos sociales de la desterritorialización, todo lo que he mencionado al respecto alguien más ya lo dijo. Pero rescato que posiblemente nadie se ha aproximado al tema de la manera en que lo hice, desde la emocionalidad y las vivencias íntimas que me contienen, porque a pesar de que muchxs somos fieles practicantes de las mudanzas, la particularidad de mis rutas, mi familia y mis sentires me pertenecen solo a mí.

En múltiples ocasiones creí que alguien como yo no tenía la capacidad de investigar, nunca me he considerado unx intelectual y debo confesar que soy un poco holgazanx para leer, esto no significa que no me guste saber cosas nuevas, siempre he hallado la manera de investigar sobre temas que me colman de curiosidad, casi siempre a través del diálogo y la escucha, esto lo aclaro para mencionar que si me hubiese adaptado a las formas tradicionales de investigar para la pedagogía, quizás no habría forma de culminar este proceso sin abrir más heridas de las que cerré.

Mi proceso creativo dentro de la investigación, tanto desde la exploración narrativa que es un revoltijo entre lo teórico y lo encarnado, como las tres fases de creación artística que también fue un menjurje de pintura, dibujo, bordado y tejido es una invitación a investigar de maneras disidentes, de aportar a lo teórico-práctico en la pedagogía desde el yo, de no creer que solo se puede hablar de reflexiones pedagógicas haciendo cifras y síntesis de lxs sujetxs intervenidxs, cuando realmente el acto educativo es el que interviene en la vida de unx y como se evidencia en mi investigación, es capaz de visibilizar las luchas y las heridas que en un principio se manifiestan ajenas y privadas. Por ello, espero que, si por algún motivo unx educadorx en formación recurre a las palabras puestas aquí, se motive a-bordarse y no tema a enunciarse dentro de las prácticas reflexivas de la pedagogía, espero contribuir a que mi línea de investigación se expanda cada vez más a nuevas formas de interpretación crítica de las experiencias educativas con métodos no convencionales.

En mi proceso también fue notorio mi interés por abordar la historia y la memoria desde una mirada crítica, a partir las artes visuales existe una infinita amalgama de posibilidades para iniciar el reconocimiento de la memoria histórica, partiendo del contexto propio. Este proyecto es una reafirmación pedagógica de la necesidad de guiar los procesos y brindar herramientas para la formación de un criterio propio a las comunidades, contribuir a la capacidad de identificar las estructuras políticas que alteran o influyen en las diversas formas de habitar los territorios urbanos. El cicatrizario, es una clara muestra de que es posible generar saberes críticos a partir de conceptos personales, por más insignificantes y ajenos que parezcan a los temas sociales y políticos, también convidó a indagar en las historias cercanas, en validar al chisme, al rulo y al

comadreo como forma legítima de leer el contexto propio y de observar cómo algunas narrativas cotidianas se entretajan y confluyen, inclusive de encontrarse en las dolencias y cicatrices de lxs otrxs, como fue mi caso.

Finalmente, cierro esta herida, entendiéndola y habiendo transitado por ella, aunque mi piel y mi persona seguirá mudándose indeterminadamente. Agradezco a aquellxs nómadas por acompañarme en este andar y permitirme reconocirme como unx nómada más, espero que la vida me posibilite seguir confluyendo en espacios educativos con desarraigadxs e invito a escudriñar en las heridas si es que aún no se ha llegado a cicatrizar.

A mi cicatriz:

Porque me duele si me quedo

Pero me muero si me voy

Por todo y a pesar de todo, mi amor

Yo quiero vivir en vos (Walsh, 1968, Om 13s)

12. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Ardila, S. L. (2021). Remiendos. Curaciones, impresiones y desastres. Recuperado de: <http://hdl.handle.net/10554/54910>.

Galeano, E. H. (2010). Ser como ellos y otros artículos. Siglo XXI de España Editores.

Giménez, G. (2000). Territorio, cultura e identidades. La región sociocultural. Cultura y Región, Bogotá, CES-Universidad Nacional, 55-69.

Gómez, M.D (2018). "La cicatriz como motivo pictórico de la condición humana: la pintura, herida corporal y espiritual.". (Tesis de Licenciatura). Universidad Nacional Autónoma de México, México. Recuperado de <https://repositorio.unam.mx/contenidos/295801>

Hooks, B. (2001). Eros, erotismo e o processo pedagógico. O corpo educado: pedagogias da sexualidade, 2, 113-124.

Morales, M. Z. (2018). Memorias de mi madre. Una práctica artística narrada entre pasos y puntadas. Recuperado de: <http://hdl.handle.net/20.500.12209/9609>.

Parra, V. (1962). Volver a los 17 [Canción]. Las últimas composiciones. RCA Víctor.

Perec, G. (2003). Especies de espacios. Editorial Montesinos.

Pérez, A., González Gil, A., Tabares, C., Arroyave, O., Vargas, P., & González, S. (2016). Tejiendo los hilos de la memoria. Conceptos, metodologías y reflexiones en procesos de memoria barrial.

Ramírez, J. J. C. (2006). Historia local: el ritmo de la historia barrial. Revista de Antropología y Sociología: Virajes, 8, 203-223.

- Silva, A. (1988). El territorio: una noción urbana. *Signo y pensamiento*, 7(12), 81-91.
- Torres, A. (2013). El retorno a la comunidad. Problemas, debates y desafíos de vivir juntos. Bogotá: El Buho.
- Torres, A., Cendales, L., & Peresson, M. (1992). Los otros también cuentan. Elementos para la recuperación colectiva de la historia. Bogotá. Dimensión Educativa.
- Walsh, C. (2013). *Pedagogías decoloniales Tomo I: Prácticas insurgentes de resistir, (re) existir y (re) vivir (Vol. 1)*. Editorial Abya-Yala.
- Walsh, C. (2017). *Pedagogías decoloniales Tomo II: Prácticas insurgentes de resistir, (re) existir y (re) vivir (Vol. 2)*. Editorial Abya-Yala.
- Walsh, M. E. (1968). Serenata para la tierra de uno [Canción]. *Juguemos en el mundo*. CBS Records.

13. IMÁGENES

Imagen 1. Primeros a-bordajes sobre la cicatriz.....	5
Imagen 2. Islas en las pieles	7
Imagen 3. Registro del primer encuentro con la escuela ambiental del barrio Kassandra	11
Imagen 4. Registro de la biblioteca rodante Ub Pha Ge en un día de sancocho y mural comunitario	16
Imagen 5. A-bordarme	19

Imagen 6. Registro obra “a-bordarme”	67
Imagen 7. Registro obra “a-bordarme”	71
Imagen 8. Registro obra “a-bordarme”	72
Imagen 9. Registro obra “a-bordarme”	73
Imagen 10. Registro obra “a-bordarme”	74
Imagen 11. Somos retazos de la misma colcha.....	76
Imagen 12. Registro obra “somos retazos de la misma colcha”	77
Imagen 13. Registro obra “somos retazos de la misma colcha	78
Imagen 14. Registro obra “somos retazos de la misma colcha”	79
Imagen 15. Registro obra “genealogía de mi cicatriz”	80
Imagen 16. Registro obra “genealogía de mi cicatriz”	82
Imagen 17. Registro obra “genealogía de mi cicatriz”	83
Imagen 18. Registro obra “genealogía de mi cicatriz”	84

≡